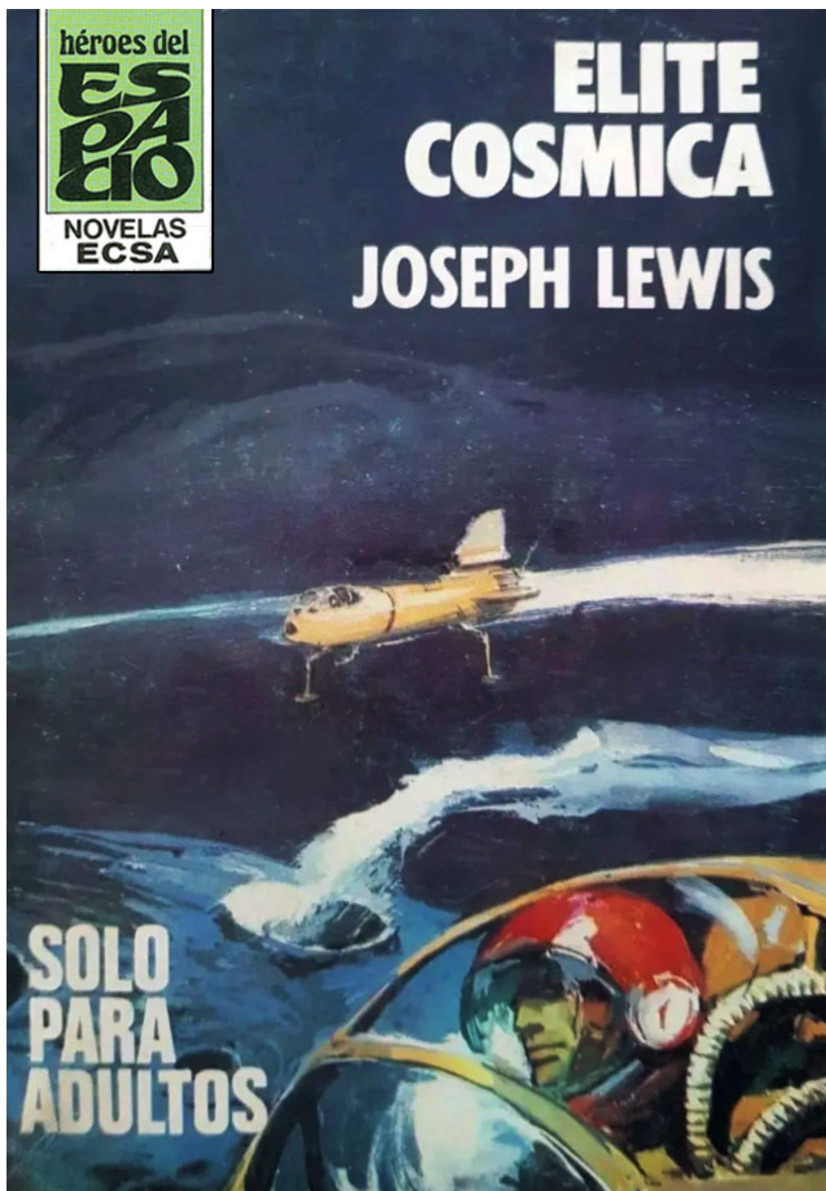
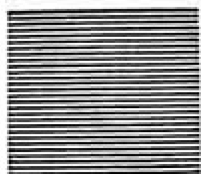
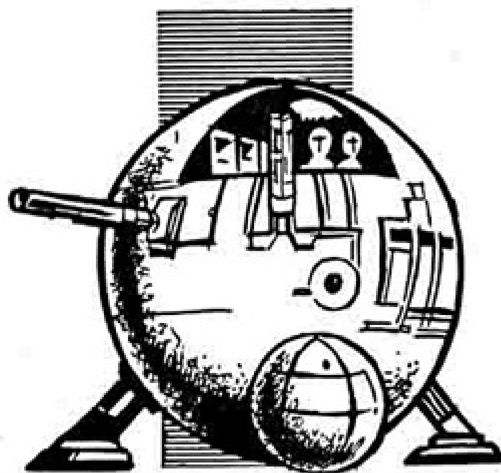

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
ELITE
COSMICA
JOSEPH LEWIS
SOLO
PARA
ADULTOS



héroes del

ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

111 — La llamada de Therko - *Joseph Berna.*
112 — ¡Pesadilla! - *Alan Parker.*
113 — Destino: Thanatos - *Elliot Dooley.*
114 — La última peste - *Law Space.*
115 — Los cruzados del tiempo - *Rocco Sarto.*

JOSEPH LEWIS

ELITE COSMICA

Colección HEROESDELESPACIOn. °116
Publicación semanal

EDICIONES GERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23).

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 19.125-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1982
2.ª edición en América: enero, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

Alexis Home llegó a Nueva York B con la misma sonrisa y el mismo semblante de hombre feliz con que había salido de Londres B quince minutos antes. Pero este detalle carecía de importancia en el lugar al que acababa de llegar: todos allí ostentaban la misma expresión de felicidad e idéntico semblante terso y juvenil.

Unos pocos millones de seres afortunados de todo el mundo tenían la inmensa suerte de pertenecer a la nueva élite de las ciudades B, que poco a poco se iban levantando junto a las viejas.

Para pertenecer a la sociedad privilegiada se necesitaban requisitos que no eran fáciles de encontrar, reunidos en una misma persona: perfecta salud, en algunos casos títulos académicos, un CI no menor de 140 y juventud. No se podía rebasar la edad de treinta años en el momento del ingreso.

Mientras los habitantes de las nuevas urbes vivían felices y disponían de cuanto podían desear, los moradores de las viejas ciudades sobrevivían a duras penas, acosados por toda clase de lacras: contaminación ambiental, escasez de alimentos, desintegración familiar e individual y violencia creciente.

Londres, Nueva York, París y el resto de ciudades importantes del mundo parecían destinadas a desaparecer. Junto a ellas o en sus proximidades se habían levantado nuevas ciudades, verdaderos fortines amurallados que albergaban a la élite de las distintas partes del mundo.

Los mandatarios de Elite Cósmica, como se denominaba la poderosa organización, tenían por principal objetivo la creación de una nueva raza, de un nuevo orden, de una nueva humanidad selecta y feliz.

Alexis Home, a sus veintiocho años, podía considerarse un ser afortunado. Pertenecía a la élite de Inglaterra.

Elite Cósmica poseía la medicina más avanzada, así como las técnicas y los sistemas industriales más sofisticados para la producción de cuanto sus miembros necesitaban.

La B de Elite Cósmica había empezado a extenderse por todo el universo conocido. ¡El Hombre B estaba destinado a convertirse en

dueño y señor de la galaxia!

La organización tenía su sede central en Nueva York B (también conocida como NYB) y su principal mandatario era un antiguo profesor francés llamado Jacques Vidal.

* * *

Alexis Home, profesor de Ciencias de la Formación Integral en Londres B, acudía a la sede central a requerimiento del presidente de Elite Cósmica. Todo un acontecimiento. No todos los días se tenía la oportunidad de ser recibido por semejante personaje.

Alexis suponía que le llamaban para encomendarle una importante misión en algún lejano planeta o estación espacial.

Cuando llegó a la residencia del presidente fue introducido en una amplia y confortable sala de espera: paredes insonorizadas y pantallas audiovisuales. Se oía una música tenue, adormecedora, pero él se hallaba bien despierto. Se sentó frente a una pequeña pantalla en la que cinco minutos después apareció la bella imagen de una joven pelirroja.

—¿Míster Home?

—Sí, yo soy —dijo Alexis, enderezándose en su asiento.

La joven era extraordinariamente bonita. Se parecía a *Monna Lisa.* Mejor dicho, *era Monna Lisa.* En todas las ciudades B de la Tierra había miles como ella. Era muy fácil cambiar de rostro mediante una sencilla operación facial. Actualmente imperaba la moda «*Monna Lisa*». Las mujeres B eran todas extraordinariamente bellas. Podían ser *Cleopatra, Monna Lisa* o cualquiera de las grandes estrellas cinematográficas del pasado: *Mae West, Rita Hayworth o Marylin Monroe*. La mujer B podía cambiar de rostro como de peinado o de vestido.

Lo malo era que nunca acababan de parecerse a los modelos que elegían. En el caso de la *Gioconda*, era difícil ver a una muchacha que se le pareciese totalmente. Una *Gioconda* con peinado a lo afro ya no era la *Gioconda*, aunque luciese el rostro de ésta. También las había que ostentaban el palmito de *Monna Lisa* y un busto casi liso,

de adolescente, con lo que el conjunto se resentía y resultaba de lo más chocante.

La *Gioconda* pelirroja que había aparecido en la pantalla prosiguió:

—Míster Home, el presidente le espera, tenga la amabilidad de pasar. La puerta a su derecha.

Alexis hizo lo que se le ordenaba. Cuando se situó frente a ella, la puerta se abrió, y de pronto se vio en una gran sala rectangular, al fondo de la cual, parapetado tras una imponente mesa limpia de papeles, estaba el hombre cuyo rostro conocía tan bien como la palma de la mano.

Oyó la voz grave y pastosa del presidente.

—Adelante, míster Home.

Avanzó. Una estrecha alfombrilla llegaba hasta la mesa del gran hombre. Cuando llegó al final del recorrido adoptó una posición rígida, casi marcial, con los brazos pegados a1 cuerpo.

—Buenos días, señor presidente —dijo en tono solemne.

—Buenos días —contestó *monsieur* Vidal en el mismo tono.

—Soy el profesor de Ciencias de la Formación Integral Alexis Home, procedente de Londres B, señor presidente. Doy clases en...

—Ahórrese las explicaciones —te interrumpió *monsieur* Vidal —. Sé muy bien quién es usted y dónde presta sus servicios. Tengo un informe detallado sobre su persona. Contésteme a una pregunta, por favor: ¿Cuánto tiempo lleva usted perteneciendo a Elite Cósmica?

—Ocho años, señor presidente —contestó Home sin titubear—. Para ser exactos, ocho años, tres semanas y diez días. Entré con veinte años recién cumplidos, señor Presidente.

—Ocho años... Sí, eso es lo que dice el informe —el ex profesor Vidal colocó una mano sobre la despejada superficie de la mesa, una mano pequeña y blanca, casi femenina. Alexis la miró instintivamente y el ex profesor se apresuró a retirarla—. Pues bien, ¿no cree usted que en ocho años debería haberse adaptado a su nueva vida?

—Me he adaptado perfectamente, señor —exclamó Home extrañado—. Soy muy feliz.

—Los informes que me han enviado de Londres B no dicen

precisamente lo mismo —dijo el Presidente mirándole a los ojos—. Más bien todo lo contrario.

Monsieur Vidal pulsó una tecla situada sobre una pequeña mesa anexa a la grande, a la izquierda del butacón que ocupaba. Se encendió una pantalla en la que aparecieron cifras y palabras en clave.

—Las computadoras «Cosmic B 2011» no mienten jamás —sentenció con la mirada puesta en la pantalla—. «Expediente Home, Alexis», Dudas, intranquilidad creciente, insomnio... Se niega a seguir tomando cápsulas de cualquier clase.

Ninguna operación facial. Sexualidad mediocre. Individualismo creciente. Añora el pasado. Lector empedernido de novelas de los siglos XIX y XX...

Home estaba confuso, no sabía qué decir. El corazón cada vez más encogido.

—Tiene que haber un error —balbuceó al fin—. Yo no soy infeliz.

—Si no lo es, está a punto de serlo. No, usted no es feliz.

Y lo siento de veras. Hasta hace pocos meses, usted tenía una Hoja de Comportamiento inmejorable, hubiera podido llegar muy lejos. De todas formas, creo que aún está a tiempo de salvarse. Porque supongo que no querrá volver al arroyo, a la ciudad primitiva de la que salió...

—No —palideció Alexis—. Eso jamás, señor presidente.

CAPITULO II

El jefe de Elite Cósmica volvió a colocar sus pequeñas manos femeninas sobre la pulida superficie de la mesa. Unas manos que daban la impresión de no haber realizado jamás un esfuerzo, ni sostenido una simple raqueta de tenis, y que contrastaban grandemente con su poderosa cabeza, de ojos penetrantes y aladares plateados. Aquel hombre representaba unos cincuenta años, aunque probablemente tendría más. La microcirugía con rayos láser quitaba años de un rostro con la misma facilidad con que una navaja rasura la barba.

Tras una pausa, el profesor Vidal prosiguió:

—Bien, míster Home. Puesto que no desea volver al arroyo, permítame que le dé un consejo... Recapacite sobre su actual forma de ser y procure extraer las consecuencias pertinentes. Un miembro de Elite Cósmica con su brillante historial tiene derecho a una segunda oportunidad, y se la vamos a dar. Permanecerá en NYB durante un tiempo prudencial, digamos dos semanas. En ese periodo de tiempo tendrá usted ocasión de reflexionar. Estoy seguro de que el descanso le vendrá bien y volverá a ser el que siempre fue. De no ser así, sintiéndolo mucho, nos veremos obligados a devolverle al arroyo.

Alexis le miraba como un búho, sin pestañear, con el cuerpo tenso.

El profesor Vidal volvió a ocultar sus menudas manos tras la mesa. Ahora Alexis sólo veía su cabeza de inmensa frente, y aquellos ojos penetrantes que parecían calar hasta lo más recóndito del cerebro de su interlocutor.

—Meditaré, señor —dijo en tono firme, casi entusiasta—. ¡Volveré a ser el que siempre he sido!

—Lo celebraré por usted, míster Home.

Home retrocedió de espaldas, sin salirse de la alfombra que partía la larga estancia en dos, y al llegar a la puerta hizo una leve inclinación de cabeza y salió.

En la sala de espera le aguardaba una linda muchacha. Iba vestida con el atuendo que solían llevar las azafatas en todas las

ciudades B: blusa de satén con las siglas EC en puños y cuello, pantalones muy ajustados color carne y botas de media caña. De lejos producían la impresión de ir con las piernas desnudas.

La joven, tras darle la bienvenida, le indicó que le siguiera. Recorrieron un largo pasillo de paredes desnudas e intensamente iluminado. Entraron en lo que parecía una sala cinematográfica de las llamadas de bolsillo, en la que no había más de una veintena de asientos giratorios. Había tres grandes pantallas, una central un poco más grande y las otras dos a ambos lados.

La azafata le indicó con un gesto que tomase asiento. Home obedeció y ella se sentó a su lado. El brazo derecho de su asiento disponía de un pequeño panel de mandos y teclas. La muchacha se volvió hacia él.

—Vamos a ver lo que ocurre en estos momentos en el arroyo —dijo, sin perder su bonita sonrisa. Parecía contenta, como si se dispusiese a ver una apasionante película con sus actores favoritos.

Pero Home sabía lo que aquella palabra —arroyo— significaba: miseria, hambre, violencia, destrucción. Una especie de infierno del que difícilmente podían huir los habitantes de las viejas ciudades, de las urbes antañonas que no tuviesen la suerte de llevar la B detrás del nombre. En pleno siglo XXII, felicidad se escribía con B.

—Supongo que tendrá órdenes estrictas de mostrarme el arroyo —dijo Alexis.

—Así es —replicó la muchacha—. Ordenes de arriba. Vamos, pulse la tecla del que prefiera: Nueva York, Londres, París, Bogotá... Tenemos conexión en esta sala con veinte ciudades-arroyo.

Alexis vaciló. Contemplaba las teclas de su panel de mandos sin decidirse por ninguna: NY, BOG, PAR, LON, SANG... Junto a cada tecla, una pequeña palanca servía para sobrevolar con el objetivo como si se tratara de un avión.

—Vamos, decídase —apremió la muchacha, poniéndose seria —. ¿Quiere que lo haga yo?

Home afirmó con la cabeza.

La joven manipuló en su panel de mandos y al instante apareció la ciudad de Nueva York a lo lejos, incluida la estatua de la Libertad. Contaminación espesa, aterradora, envolviendo los rascacielos como una densa neblina. La azafata manipuló en la palanca del objetivo y

la ciudad se fue aproximando...

—¿Qué calle prefiere ver de cerca? —preguntó la joven. Parecía excitada, contenta.

—La Quinta Avenida —dijo Home.

La muchacha le miró extrañada.

—¿La Quinta Avenida? —exclamó—, No es precisamente el lugar más conflictivo de la ciudad.

—No importa —se impacientó Alexis—. Me gusta la Quinta Avenida. Para ver calamidades, es una zona tan buena como cualquier otra.

La muchacha se encogió de hombros y volvió a manipular en la palanca. En breves segundos alcanzaron 1a Quinta Avenida. A vista de pájaro no ofrecía ningún espectáculo del otro mundo, sólo se veían las aceras atiborradas de gente y desperdicios por todas partes. Y por todas partes también, restos del antiguo vehículo llamado automóvil. Casi un cementerio de coches, ocupando el centro de la calzada y parte de las aceras. En algunas zonas se veía un poco de orden, comercios y hasta gentes decentemente vestidas, pero la tónica general era de caos e inmundicia.

La pelirroja, visiblemente contenta, accionó la palanca a fondo y la pantalla se llenó de primeros planos sucesivos: una pila de coches herrumbrosos, la fachada de un comercio dedicado a ropavejería, los rostros demacrados de algunos viandantes, un trozo de acera levantada, un cráter en el pavimento...

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó Home sin poder contenerse—. No... no lo soporto.

Pero la muchacha no parecía escucharle. Seguía disfrutando con lo que estaba viendo. De pronto pulsó otra tecla y otra ciudad apareció en la pantalla de la derecha. Shanghái, Calcuta o Río de Janeiro, que más daba. Todas las ciudades- arroyo eran lo mismo: contaminación, hacinamiento, peleas en las calles, pillaje, caos y destrucción. Un espectáculo grandioso y estimulante para los ciudadanos de EC. Era como ver llover a mares desde una estancia confortable.

—¿No me ha oído? —alzó la voz Alexis—. No quiero seguir viendo lo que pasa en esas ciudades.

—Tiene que verlo, míster Home —dijo la muchacha sin mirarle

—. Ordenes de arriba. Le aconsejo que mire y sonría. Es un espectáculo estimulante.

—¿Dónde está el estímulo? —barbotó Alexis—. ¿Qué gusto encuentra una joven como usted viendo un espectáculo tan deprimente?

La pelirroja, por toda respuesta, oprimió otra tecla y una nueva ciudad-arroyo apareció en la pantalla de la izquierda. Ya eran tres las ciudades caóticas que anegaban la visión y el cerebro de Alexis con imágenes horripilantes. De pronto, en la Quinta Avenida, una mujer de edad se vio acorralada contra el muro por una pandilla de cinco o seis muchachos armados con barras de hierro. La rodearon, y se vio como las barras de hierro subían y bajaban repetidas veces. Los delincuentes despojaron a la infeliz de una prenda de abrigo y salieron huyendo, aunque no deprisa. Nadie les siguió.

En la pantalla de la izquierda se oyeron disparos. Otro cuerpo caído en la acera, aunque esta vez habían disparado desde una ventana alta y la cámara no captó la imagen del homicida.

En la otra pantalla se veían cuerpos yacentes en el centro de la calzada. Algunos se movían. Estaban horriblemente delgados y en su mayoría desnudos. Imágenes de pesadilla que Alexis había visto cientos de veces. Eran parte del programa, servían para poner de relieve que los ciudadanos de EC eran muy afortunados por pertenecer a un mundo feliz.

En otro tiempo, Alexis veía estas imágenes con suma complacencia, lo mismo que la muchacha que ahora estaba a su lado. Con el mismo deleite cruel con que los espectadores de los antiguos circos romanos asistían a la lucha de los gladiadores, a la desigual contienda entre el hombre y la fiera y a todo espectáculo que significase el aniquilamiento de un ser humano.

Pero con el tiempo había cambiado. Algo se rebelaba en su interior.

* * *

Fue un alivio salir de aquella sala de tortura, Ya no podía

soportar visiones tan dantescas. Sin embargo, estaba claro que debía meditar sobre su actual forma de ser. No podía continuar así, En cualquier caso, si no quería ir a parar al arroyo de cualquier ciudad primitiva debía fingir y ahogar en su interior el menor espíritu crítico.

Debía limitarse a ser feliz, a considerarse un ser afortunado. Y lo era, realmente. Lo era siempre que no le obligaban a ver espectáculo tan deprimente como el que acababa de contemplar.

Había otras cosas que no le gustaban en el mundo feliz al que tenía la dicha de pertenecer y por eso se encontraba allí quizá con un pie en el mundo feliz y otro en el arroyo.

Pero aún estaba a tiempo de salvarse. Lo intentaría con todas sus fuerzas.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó a la bella muchacha que le servía de guía.

—A su apartamento —contestó ella—. Necesita meditar a fondo, míster Home.

Lo había dicho con un dejo de ironía. Se hallaban de nuevo recorriendo un largo corredor silencioso. Alexis la cogió por el brazo y la obligó a detenerse.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Vanesa.

—Pues bien, Vanesa. ¿Qué me diría usted si un día viese en una de esas pantallas a su propio padre caer asesinado por unos desalmados? ¿No se le borraría la sonrisa de esa bonita boca?

—No se me borraría —contestó ella sonriente—. Yo no tengo padre. Nací de una reproductora a la que fue incolado el semen. Soy, pues, eso que en el siglo XX empezó a llamarse «niño-probeta». No tengo afectos familiares. Mi afecto es EC, Y también debería ser el suyo.

—Comprendo —dijo Alexis soltando el brazo de la joven—. Yo, en cambio, conozco a mis padres, aunque no sé qué habrá sido de ellos. Cuando yo entré a formar parte de ÉC vivían en la periferia del viejo Londres. Hace ya bastantes años. Pero entonces las cosas no iban tan mal como ahora. Aún se podía vivir en las viejas ciudades...

Reanudaron la marcha. Al llegar al final del corredor, Alexis

volvió a detenerse y dijo:

—En alguna ocasión he querido saber qué había sido de mis padres, pero nunca me dejaron salir de Londres B. Dicen que quien sale sin permiso, no vuelve a entrar...

—En efecto—respondió la joven en tono aburrido. Pero, ¿por qué los echa de menos? ¿Es que no es usted feliz con todo lo que tiene? Bien, ya veo que no lo es. En fin, creo que la meditación le vendrá muy bien.

Salieron al exterior. Nueva York B era una ciudad flamante, en 1a que abundaban los viaductos y los edificios circulares, semejantes a colmenas. Los transportes públicos se deslizaban casi todos sobre monocarril y alcanzaban grandes velocidades. Los vehículos particulares, muy escasos, tenían tres ruedas y circulaban despacio, sin producir la menor contaminación. Se veía poca gente por las calles y plazas, pero todos los rostros expresaban vitalidad, alegría y satisfacción interior. Abundaban las tiendas y la gente entraba y salía de ellas incesantemente. Por todas partes había fuentes y jardines, en los que correteaban los niños y tomaban apaciblemente el sol las personas mayores.

Vanesa, la joven azafata y guía, le invitó a subir en su pequeño auto de tres ruedas.

—Su apartamento está cerca de aquí —explicó.

Una vez en marcha, Vanesa miró a su acompañante de soslayo. Por primera vez dejó de sonreír. Con un movimiento rápido colocó el espejo retrovisor de manera que el hombre pudiera verse la cara.

—Mírese al espejo, míster Home. Mírese y dígame si no le da miedo esa cara.

Alexis obedeció. No vio nada de particular. Sus ojos azules de siempre y su piel curtida y ligeramente bronceada. Un rostro que, como muy bien registraba su expediente, no había sufrido ninguna operación facial. ¿Qué necesidad tenía él de parecerse a tal o cual actor del pasado? Estaba contento con la cara que Dios le había dado. Quizá sus superiores pensaban que esto era síntoma inequívoco de orgullo, pero no le importaba. En un mundo que a si mismo se consideraba libre y feliz, él tenía perfecto derecho a llevar el rostro que le viniese en gana.

—¿Qué le pasa a mi rostro? —preguntó, luego de un atento

examen.

La joven golpeó impaciente el volante con la palma de la mano.

—¿Pero a quién pretende engañar? —exclamó—. ¿Por qué no quiere ayudarse a sí mismo? El ceño fruncido, la mirada hosca, las comisuras de los labios hacia abajo... ¡La perfecta imagen del hombre desdichado, míster Home!

—Pero yo no me siento desdichado —protestó Alexis—, No lo soy, puedo asegurárselo.

—Lo es —insistió ella tajante—. «La cara es el espejo del alma».

—Un ceño fruncido es sólo un ceño fruncido. Dejemos el alma en paz.

Vanesa se encogió de hombros.

—Allá usted —dijo en tono de fulgida indiferencia—. Yo en su lugar estaría temblando. Esa cara no puede traerle nada bueno. ¿Por qué no trata de sonreír? Hágame caso, todo le iría mejor. Ya lo dijo un filósofo americano del pasado: «Si el rostro sonríe, el alma acabará por imitarle».

—Muy perspicaz —dijo Alexis—, En fin, dejemos mi ceño y mis comisuras en paz. ¿Por qué no se da un poco más de prisa? Estoy cansado, quiero descansar un buen rato. Hasta mañana, si es posible.

—¿Cansado? ¿Por qué no toma cápsulas anticansancio? Ah, ya lo olvidaba... No le gusta a usted tomar cápsulas. Malo, muy malo.

—¿También sabe usted eso?

—Sí, míster Home. Sé eso y mucho más. Lo sé casi todo de usted. He sido designada para ayudarle y servirle de guia durante su estancia aquí.

CAPÍTULO III

Por fin puede descansar y pensar. Ahora está solo, tumbado en la cama, pensando en los acontecimientos que le han llevado a esta situación. Dos días antes no se consideraba un hombre desgraciado: pertenecía a EC, y si bien había cosas que le desagradaban e incluso le producían inquietud, no por eso se consideraba desdichado. Pero las computadoras y los grandes prebostes dictaminaban: Atención, hombre infeliz.

Las consecuencias podían ser funestas: separación inmediata de su cargo. Incluso podía ser arrojado «al arroyo», como se llamaba en lenguaje vulgar a toda ciudad que careciese del distintivo B.

Tenía que hacer algo. Y lo primero que se le ocurría era fingir que volvía a ser el de siempre. Cuando le mostrasen en las salas de proyección las calles de las viejas ciudades, no tendría más que sonreír, frotarse las manos de contento y propagar a los cuatro vientos que era inmensamente dichoso.

También tendría que tomar las dichosas píldoras, aunque siempre existía el recurso de escupirlas en cualquier rincón.

De pronto se abrió la puerta del cuarto. Allí estaba ella de nuevo, la linda muchacha pelirroja: Vanesa. Su guía y ayudante. También su carcelera.

—Hola, Alexis —le obsequió con una radiante sonrisa. ¿Cuántas cápsulas de «Radiant-10» habría tomado en las últimas horas para exhibir semejante optimismo?—. Supongo que ya te encuentras mucho mejor.

—Sí, mucho mejor —replicó Alexis, incorporándose un poco en la cama y tratando de imitar la sonrisa de la muchacha,

—Así me gusta —dijo ella, cerrando la puerta a su espalda y avanzando hacia el lecho. Se sentó en el borde y acarició con el dedo índice el mentón del joven.

Alexis dejó caer la cabeza sobre la almohada, al tiempo que se apoderaba de la mano de la muchacha para besarle la yema de los dedos. Pero de momento no experimentaba la menor excitación. Al cabo de un momento ella retiró la mano.

—No pareces muy entusiasmado —dijo—. ¿Es que no te gusto?

—Sí, me gustas —aseguró él—. Pero que éste no es el momento. Compréndelo, estoy bastante preocupado.

—La mejor medicina para vencer a la preocupación es el amor —dijo ella, inclinándose sobre él. Le besó en los labios. Luego se separó bruscamente y le miró con atención, estudiando sus facciones. Alexis, para librarse de aquella mirada que, como la del Gran Jefe horas antes pretendía leer en sus pensamientos, levantó el brazo, aferró a la joven por el cuello y la atrajo hacia así. El nuevo beso, largo, intenso, le dejó tan frio cómo antes. Ella debió notarlo, porque volvió a retirar su cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Sucede que eres un témpano de hielo —dijo ella sin poder ocultar su impaciencia— Y es raro —añadió con mohín de coquetería—, yo suelo gustar a las hombres.

—También a mí me gustas —exclamó él, conciliador—. Pero no soy una máquina. Un poco de paciencia. ¿No te han enseñado paciencia en la Escuela de Formación? Es una enseñanza que yo doy a mis alumnos...

Ella se incorporó, y sin dejar de mirarlo comenzó a despojarse de la ropa. Tenía un cuerpo maravillosamente proporcionado: talle fino, caderas ondulantes, senos pequeños y firmes. Por primera vez se fijó detenidamente en su rostro.

Era un «*Marilyn Monroe*» de impecable factura, lunar incluido. Recordaba que en cierta ocasión, allá en Londres B, había hecho el amor con una de estas chicas que llevaba el mismo modelo de cara. Al besar aquel lunar se le quedó pegado en los labios un pellejito oscuro y viscoso. Era materia aséptica, pero le dio mucho asco. No volvió a hacer el amor a ninguna muchacha con lunares... En realidad las prefería con su propio rostro, sin trampas ni cartón. Pero no era fácil encontrar una mujer que no llevase un rostro del pasado. Era la moda, una moda que ya duraba más de treinta años, y las mujeres parecían dispuestas a apurarla hasta el máximo.

También en las lunas de Marte —Fobos y Deimos—, colonizadas por el hombre, imperaba esta malhadada costumbre entre la grey femenina, y lo mismo sucedía en la mayoría de los planetas en que el «Homo Sapiens» ponía su planta, que ya eran bastante numerosos en la galaxia.

Vanesa se introdujo bajo las sábanas y se pegó a su cuerpo. Pero Alexis no conseguía excitarse. Besaba con furia aquella boca sensual, acariciaba el cuerpo mórbido y flexible de la muchacha, pero todo inútil Sólo consiguió una erección precaria del miembro, a todas luces insuficiente para consumar el acto amoroso.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —se impacientó la mujer.

El, por toda respuesta, se separó de ella y se puso boca arriba, lanzando un prolongado suspiro.

—Comprendo —dijo ella, situándose también boca arriba y rehuyendo todo contacto físico con el hombre—, Sexualidad mediocre: eso es lo que dice tu expediente. Lo había olvidado. ¿Por qué no pruebas con un afrodisíaco? Los hay estupendos. Un amigo mío...

—No quiero saber lo que hace ese amigo tuyo —le interrumpió Alexis con manifiesto mal humor—. Será mejor que te vayas, mujer. Necesito estar solo. Necesito meditar.

Ella saltó de la cama y se vistió apresuradamente. Salió dando un portazo y murmurando algo entre dientes. Un instante después volvió a abrir la puerta para asomar la cabeza.

—Me has hartado —chilló histéricamente—. ¡Pediré que me releven, no quiero volver a verte!

Dio otro portazo y Alexis respiró al fin aliviado. Verdaderamente, tenía necesidad de estar solo. No le preocupaba demasiado el hecho de que no hubiese podido hacer el amor con Vanesa. Estaba seguro de que podría hacerlo con otra muchacha que le gustase verdaderamente, cuando se encontrase fresco y descansado. Incluso con la misma Vanesa.

* * *

Descansó un buen rato y por fin se decidió a saltar de la cama. Pasó al cuarto de baño y tras darse una buena ducha se sintió mucho mejor. Antes de salir del apartamento ensayó una sonrisa ante el espejo, una sonrisa que le sirviese para andar entre los felices habitantes de la ciudad y que no le mirasen como a un bicho raro.

Bajó al self-service, situado en la primera planta del edificio. Mientras colocaba sus alimentos en la bandeja, notó que todas las miradas le observaban con atención. Se apresuró a componer una expresión de optimismo.

No había muchas personas en el local, pero todas comían con gran apetito, mostrando una avidez de muchachos que acababan de jugar un duro partido de rugby.

Se situó en un rincón un poco apartado, le molestaba que le observasen. Pensó que sus precauciones podan ser útiles si había cámaras ocultas tomando su imagen. No se le ocultaba que era una especie de animal enfermo en observación. Pensaba que los enfermos eran los otros, los que exteriorizaban una alegría que, a lo peor, estaban muy lejos de sentir. En todo caso, era aquélla una alegría postiza, por así decirlo, conseguida a base de drogas y autosugestión.

Pensaba que la autosugestión no era tan mala, pero las drogas, pese a su eficacia, dejaban mucho que desear. Tal vez le repugnaban tanto precisamente por eso, por su eficacia.

Cuando estaba a punto de acabar su almuerzo llegaron dos individuos que se sentaron con sus bandejas en una mesa cercana a la suya. Al principio no prestó atención a lo que hablaban, pero una frase le hizo levantar la mirada hacia ellos:

—Creo que le van a ejecutar hoy mismo, a última hora de la tarde —dijo uno de los hombres.

—Bien merecido se lo tiene —replicó el otro.

—Sí, pero él estará tan feliz. Como todos los que han pasado por esa misma situación.

Alexis se sobresaltó. No temía por su suerte, al menos por, el momento. Tal vez se trataba de alguien que había cometido un crimen.

Por lo que pudo escuchar a continuación, el condenado era un hombre joven que, salvando la fuerte vigilancia, había penetrado en NYB. Casi todos los días se daban casos así. A la mayoría los devolvían al arroyo, esto es, a la ciudad primitiva. A los que lo intentaban por tercera vez se les condenaba a muerte. Muchos de estos desgraciados, cansados de una vida sórdida y sin futuro, se lo jugaban todo a una sola carta lanzándose a la aventura de entrar en la

ciudad feliz, en la ciudad prohibida para ellos.

Sabían que a la tercera intentona les esperaba un juicio sumarísimo y la muerte, pero era ésta lo que buscaban. Durante unos pocos días vivía el condenado como un marajá. Se desquitaba de tantas penalidades sufridas. Los mejores manjares, las mujeres más bellas. Durante aquellos días vivían un cuento de hadas. Y luego les esperaba una muerte dulce: se les dormía con una simple inyección y no volvían a despertar.

Antes de serle aplicada la fatal inyección, algunos de los condenados manifestaban que había valido la pena haber dado aquel paso. Y en la antigua Nueva York, algunos de los que iban a intentar el asalto a NYB por tercera y última vez se despedían de sus amigos con gran alegría, como el emigrante que está seguro de ir a un mundo mejor. «Mañana tendré en mis brazos a una hermosa mujer, a una verdadera *Gioconda*», solía decir un aspirante a condenado a muerte cuando se despedía de sus amigos. Y algunos de éstos le contestaban: «Cómo te envidio, muchacho. Yo haría lo mismo que tú si no tuviese ya una familia por la que velar...»

Alexis no quiso seguir escuchando la conversación de aquellos hombres. Le producía náuseas comprobar cómo los más afortunados se deleitaban con el relato de las desdichas ajenas. Él también había sido así en otro tiempo, pero algo le hizo cambiar. Ya no era el mismo. Una sociedad que disfrutaba con el sufrimiento de sus semejantes no podía ser buena.

Se levantó bruscamente y cruzó por entre las mesas en dirección a la salida. Algunos rostros se levantaron para mirarle. Llamaban la atención sus modales bruscos y su gesto hosco.

Una vez en la calle se sintió mucho mejor. Echó a andar sin rumbo fijo, y cuando vio su rostro en la luna de un escaparate se sobresaltó; estaba demasiado serio, las comisuras de su boca no eran, en verdad, las más apropiadas para circular entre aquella gente tan feliz...

CAPITULO IV

Pero la sonrisa en el rostro no le duró mucho tiempo. Veía pasar a su lado grupos de gentes que parecían tan felices como recién casados, parejas acarameladas y hasta viandantes solitarios que daban la impresión de estar a punto de estallar en sonoras carcajadas.

Todos aquellos rostros rebosando optimismo le desagradaban profundamente. Estaba de acuerdo en que la vida en cualquier ciudad de Elite Cósmica era fácil y hasta agradable. Pero no le cabía en la cabeza el hecho de saber que pudieran ser tan felices cuando, al otro lado de los muros y alambradas que circundaban estas ciudades, otros hombres se debatían en la miseria y en la desesperación. Quizá el mundo siempre había sido así, pero nunca como ahora.

Caminaba por la acera rumiando tan tristes pensamientos cuando alguien se situó a su altura. Era Vanesa.

—¿Adónde vas, gran hombre?

—¡Vanesa! Creí que no querías volver a verme.

Ella se encogió de hombros.

—En efecto, no quería volver a verte, Pero te he visto y he decidido seguirte. Deformación profesional, supongo. Ten en cuenta que yo he devuelto al redil a otros como tú. Individuos pesimistas que empezaban a indignarse por lo que pasaba al otro lado de las murallas. Debo decirte que todos ellos volvieron a ser individuos sanos y optimistas. Sin embargo, mucho me temo que tú eres diferente. Y lo siento de veras, porque me caes simpático.

—Gracias.

—¡Oh, no debes dármelas! Sintiéndolo mucho, me temo que no voy a poder hacer nada por ti. Eres tú quien debe decidir lo que te conviene.

Llegaron a una plaza semivacía. Ella le tomó por el brazo y le condujo hasta un banco, frente a una fuente que despedía chorros de agua de diferentes colores.

—El caso es que tu actitud en la sala de proyección me ha dado que pensar —dijo ella tras una breve pausa.

—Ya lo sé —dijo él, en tono indiferente—. Yo doy que pensar a cuantos me conocen. Por eso estoy aquí. Para no dar que pensar a

nadie.

—Quiero decir que no encuentro tan ilógica tu actitud —dijo ella, mirándole con interés—. Nuestra sociedad es un tanto egoísta, debo reconocerlo. Pero también es preciso reconocer que, si no fuese así, acabaríamos todos nosotros en el arroyo, luchando unos contra otros.

Nueva pausa. Alexis miró a la joven con curiosidad. También ella estaba seria, casi tanto como él. En cualquier caso parecía preocupada.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó ella de pronto, tomándole una mano y mirándole a los ojos—. Me entristece pensar que un hombre como tú pueda acabar mal.

—La que va a acabar mal eres tú si pierdes tu bonita sonrisa —dijo él en tono cordial—. Escucha, no quiero ser la causa de tu perdición. Quiero que sigas siendo muy feliz.

Ella le miró sorprendida.

—¿Es que no te gustaría que todo el mundo pensase como tú?

—Me gustaría —admitió Alexis—. Pero todo el mundo, no una sola persona. Tu sacrificio sería estéril. Vamos, sonríe. Ya veo que estás llena de buenos deseos hacia mí, pero no puedo consentir que te pierdas por mi causa.

Ella sonrió con cierta tristeza. Por vez primera, Alexis la encontró bella. La tristeza le sentaba bien. Su rostro ya no era una bonita máscara, sino un rostro humano. Se inclinó sobre ella y la besó suavemente en la mejilla.

—Gracias —dijo ella—. Es la primera vez que me besan... ¿cómo te diría yo? De manera tan delicada, eso es. Gracias.

—¿Por qué no vamos a mi apartamento? —propuso él—. Allí podremos ponernos todo serios que queramos.

—De acuerdo —dijo ella alegremente—, Pero yo no pienso ponerme seria. Además, recuerda que todavía soy tu guía. Dije a mis superiores que me relevasen, pero ellos me convencieron para que siguiese a tu lado. Eso sí, sin atosigarte demasiado. Tampoco es bueno que esté pegada a ti día y noche.

Se levantaron al unísono. Mientras caminaban a buen paso hacia el edificio de apartamentos donde Alexis tenía el suyo, sonreían como una pareja de tantas. En la ciudad del amor y la felicidad, ellos

no desentonaban en absoluto de las parejas con las que se cruzaban. Alexis empezaba a encontrar de su agrado a la muchacha. El sentimiento era sin duda recíproco, porque ella tenía otra expresión, en sus ojos brillaba una nueva luz.

—¿Qué programa me espera hoy? —preguntó Alexis de pronto con alegre entonación—. ¿No voy a tener la tarde libre?

—Me temo que no —replicó ella con evidente disgusto—. Volverás a la sala de Proyección Simple. Quizá más adelante te lleven a la sala de Proyección Convincente,

—Olvidaba este detalle —murmuró Alexis con expresión sombría—. Salas de Proyección Convincente,.. Una aberración.

—Pero a ellas sólo acceden los casos extremos. Individuos que se niegan tajantemente a ser felices, que no quieren seguir una terapia de recuperación. Tú aún eres considerado como recuperable.

Alexis había oído hablar de las salas de Proyección Convincente. En ellas se proyectaban películas documentales de individuos que vivían en las ciudades-arroyo. Cómo vivían, se alimentaban y hacían el amor. Lo que pensaban. Todas sus miserias y enfermedades. El lugar —casi siempre infecto— donde moraban. Un cuadro dantesco que provocaba vómitos y arrepentimientos espontáneos.

—Bueno, no es el momento de hablar de cosas tristes —dijo Alexis, pasando un brazo por el fino talle de la muchacha—! Vivamos el presente, ¿no te parece?

Ella hizo un gesto afirmativo.

Una vez en el apartamento, Alexis besó aquella boca que se le ofrecía jugosa. Un beso largo y apasionado.

Estaba aún en la salita anexa al dormitorio, cuando ella echó hacia atrás la cabeza y, mirándole fijamente a los ojos, le preguntó:

—¿Has tomado algún afrodisíaco, como te dije esta mañana?

—No. ¿Para qué?

—¿De verdad?

—¡De verdad! Yo no necesito esas porquerías. Es como hacer el amor en estado de embriaguez, como una especie de preservativo de los sentidos... Cada vez detesto más las cápsulas para hacer esto o lo otro.

—Pero hay gentes que no pueden vivir sin cápsulas...

—Allá ellos —dijo él, y volvió a estampar un apasionado beso en los entreabiertos labios de aquella muchacha que se parecía extraordinariamente a una estrella cinematográfica del pasado llamada *Marilyn Monroe.*

* * *

Desde la ducha, ella le gritó:

—¡Has estado fantástico! Pero es una pena que no pueda hacerlo constar en tu expediente.

—Una verdadera pena —contestó Alexis desde el dormitorio. Permanecía tendido en el lecho, fumando tranquilamente. En su respuesta había un deje irónico—. Tendré que seguir siendo sexualmente mediocre.

Pocos instantes después apareció Vanesa en el umbral de la puerta, descalza y con una gran toalla enrollada al cuerpo.

—¿Y sabes por qué no puedo hacerlo constar en tu expediente?

—No tengo ni la más ligera idea.

—Pues sencillamente, porque no estoy de servicio. Hoy tengo medio día libre, porque en mi departamento hay una chica nueva a la que van a poner a prueba precisamente contigo. Dentro de poco la tendrás aquí. Procura portarte bien con ella, porque me da la impresión de que es muy eficaz.

—¿Una chica nueva? ¿Pero no me dijiste que pensabas continuar a mi lado?

—Así es, en efecto. Pero repito que van a poner a prueba a una nueva adquisición de mi departamento. Es muy bonita, creo que te gustará —dibujó en el aire unas curvas muy significativas, a lo que respondió Alexis con un silbido de admiración—. Pero mucho cuidado, ¿eh? ¡Te advierto que soy muy celosa!

De pronto se puso seria. Se quedó mirando a Alexis con expresión preocupada. Fue al cuarto de baño y poco después volvió, ya peinada y ligeramente maquillada, para acabar de vestirse con prisa.

—Nos veremos mañana —dijo en el momento de despedirse—.

Adiós.

Alexis levantó la mano a modo de despedida y la dejó caer pesadamente sobre la manta. Por primera vez se encontraba bien desde que pusiera los pies en NYB.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se dispuso a dormir un poco. Nada más cerrar los ojos sintió unas leves pisadas en la salita. Pensó que Vanesa se habría olvidado algo.

La puerta del dormitorio no se abrió, dejó de oír las pisadas. ¿Habría sido figuración suya? Volvió a cerrar los ojos, pero un instante después creyó percibir un leve ruido junto a la puerta.

—¿Vanesa?

Silencio.

Se levantó con cautela y se dirigió hacia la puerta con los pies descalzos. Con el pomo en la mano, escuchó atentamente antes de decidirse a abrir. Por fin lo hizo bruscamente.

Ante él, en actitud de escuchar, estaba una joven de cabello rubio platino, ojos azules y boca llamativa pintada de un rojo vivo y brillante. Una boca singular, pintada en forma de corazón, con los bordes enmarcados por una línea de color violeta. Nariz estilo Cleopatra. Una muchacha despampánate.

—Vaya —sonrió Alexis—. Escuchando detrás de las puertas, como los niños curiosos.

—La curiosidad es una buena cualidad en mi profesión —dijo ella sin perder la compostura—. ¿Me deja pasar?

—Adelante —se apartó a un lado—. Está usted en su dormitorio, señorita...

—Esther.

Mientras se vestía la contempló de arriba abajo. Una preciosidad, se dijo. Pero había algo en ella que no acababa de gustarle. En primer lugar, nada más entrar en el cuarto se dirigió a la mesita de noche, echó un vistazo a los escasos objetos personales que se había traído de Londres B y anotó algo en una pequeña agenda. Luego pasó al cuarto de baño y allí debió hacer otro tanto, porque tardó un largo rato en regresar a la alcoba.

Alexis, ya vestido, tomó asiento en el borde de la cama y adoptó una actitud expectante, el rostro vuelto hacia la puerta por donde debía ella aparecer.

Cuando la vio de nuevo, el joven entornó los ojos y le dijo, en tono que no podía ser más servicial:

—Si busca algo, quizá yo pueda ayudarle.

—Soy yo quien tal vez pueda hacer algo por usted —dijo ella, y de nuevo volvió a apuntar algo en su pequeña libreta,

—¿Se puede saber qué escribe en su agenda?

—¿Quiere saberlo realmente, míster Home?

—¡Claro! ¿Por qué cree que se lo pregunto?

—Pues bien, le diré que he tomado nota de algo que me sorprende muchísimo: no he encontrado ni rastro de píldoras en su apartamento. ¿Qué diablos hace con ellas?

—Lo que ellas harían conmigo si yo no me adelantase: tirarlas a la basura.

Esther parpadeó dolorosamente.

—¿Eso hace?

—Sí, eso hago —dijo Alexis con evidente disgusto—. ¿Pero por qué me pregunta algo que sin duda ya sabía?

—Algo me habían dicho. Pero no podía creerlo.

—Pues debe creerlo. Me he declarado en huelga... ¿cómo lo definiríamos? Huelga de hambre, como dirían nuestros antepasados,

—Pero las cápsulas son necesarias. ¿Es que no quiere usted ser feliz?

—No, no quiero ser feliz. No quiero reír de la mañana a la noche como si me hicieran cosquillas. No quiero ser tan feliz que el sufrimiento de otros seres que son como yo me parezca divertido y hasta estimulante. No quiero tomar pastillas para dormir, conservar la memoria o hacer el amor.

Esther le miró con renovada sorpresa. Dio un paso hacia él. Su boca en forma de corazón se entreabrió ligeramente para mostrar una dentadura blanca y perfecta.

—Pero eso que me cuenta es absurdo, míster Home. Nadie puede vivir sin cápsulas, como no sea alguien del arroyo... Y aun ésos hacen buen uso de ellas cuando tienen ocasión.

—Pues yo lo estoy consiguiendo —aseguró Alexis—, Poco a poco, pero lo estoy consiguiendo.

Hubo una pausa. Elia volvió a apuntar algo en su agenda. Luego meneó la cabeza con expresión de absoluta incredulidad. Rodeó la

cama sin perder de vista al hombre, contemplándole como si se tratara de un bicho raro. Por último volvió a situarse frente a él.

—Y dígame, míster Home... ¿De verdad puede hacer el amor sin tomarse antes alguna cápsula?

—¡Claro que puedo! Pregúntele a...

Se interrumpió. Iba a nombrar a Vanesa, pero recordó oportunamente que ella no estaba de servicio aquella tarde. Lo sucedido allí una hora antes pertenecía a la vida privada de la muchacha, y a la suya.

—¿A quién debo preguntar, míster Home?

—A cualquier amiga mía de Londres B. Eso es.

—Bien, no vale la pena. -Trataré de comprobarlo por mí misma un día de éstos.

—No me parece mala idea —replicó Alexis, y al instante se le iluminó la cara con una sonrisa de oreja a oreja.

CAPITULO V

Aquella misma tarde fue conducido por Esther a la sala de Proyección Simple, la misma en que ya había estado por la mañana. Les esperaba un profesor del Centro, un tipo alto y fuerte llamado Louis Ireton. Rebosaba salud por todos los poros y Alexis, al estrechar su mano, sintió en la palma un contacto húmedo y pegajoso. Sin ningún motivo especial, aquel hombre le desagradó desde el primer momento.

—Bien, míster Home. Ahora vamos a ver lo que pasa en la antigua ciudad de Nueva York. Un rato de entretenimiento renovará su estado de ánimo, estoy seguro,—¿Llama usted entretenimiento a ese espectáculo bochornoso?

Louis Ireton frunció el ceño. Por un momento sus labios se plegaron en una mueca de ira; pero fue sólo un instante. En seguida volvió a sonreír, a mostrarse comprensivo y risueño. Era la costumbre, él hábito de la felicidad. En un mundo donde el buen humor y el bienestar eran la tónica general, los raptos de ira eran muy raros, y en seguida superados por ¡el autocontrol!

—Ya veo que tiene usted un gran sentido del humor —exclamó el profesor—. Finge que no le gusta algo que en e1 fondo le agrada. Como a todos nosotros. ¿A quién no le gusta el espectáculo de la lucha por la supervivencia? Es como en la naturaleza: sólo sobreviven los mejores, —Diga mejor como en los antiguos circos romanos.

—¿Y qué es y ha sido siempre el mundo, amigo mío? Una gran batalla, en la que hay vencedores y vencidos. Nosotros somos vencedores y hemos de alegrarnos de ello, celebrar nuestra victoria. En el fondo somos magnánimos, puesto que podríamos arrasar a nuestros enemigos, pero no lo hacemos...

Alexis le lanzó una mirada despreciativa.

—¿Sabe lo que le digo? —masculló—. Que no pienso ver nada. Puede usted mostrarme la ciudad que quiera. Yo cerraré los ojos y no veré nada.

Esther, que hasta ese momento había permanecido callada, intervino:

—Cálmese, Home. Son órdenes de arriba. Tanto míster Ireton como yo no hacemos más que cumplir órdenes.

—Muy bien; cumplan con sus malditas órdenes —replicó Alexis —, yo me largo. ¡Hasta nunca!|

—¡Aguarde! —chilló Ireton. De un salto se situó entre Alexis y la puerta de salida, impidiéndole el paso—. ¡No puede hacer eso! ¡Tiene que ver la proyección!

—¡Apártese! —exclamó Alexis, levantando un puño ante la cara mofletuda de su oponente.

—No pienso hacerlo —aseguró Ireton, esbozando una sonrisa meliflua—. No puede salir de aquí sin haber asistido a una sesión de cine estimulante. Son las órdenes, amigo mío.

El puño de Alexis cayó como una catapulta sobre el grasiento mentón del profesor, que retrocedió unos pasos. Su enorme cuerpo se detuvo en la puerta. Extendió los brazos para que el joven no la franqueara.

—¿Quiere otra caricia? —amenazó Alexis, avanzando hacía el profesor.

Míster Ireton había palidecido, pero volvía a sonreír. Los afortunados integrantes de Elite Cósmica no eran agresivos, y los profesores e intelectuales resultaban ser los menos agresivos de la sociedad.

—Puede pegarme otra vez, si eso le hace feliz —dijo, con cierto tonillo de amante masoquista—. Todos nosotros deseamos verle feliz, míster Home.

Alexis se sintió desarmado. Bajó el puño, cuando ya estaba dispuesto a juntarlo de nuevo con el mentón del profesor. Se quedó frente a éste, sin saber qué hacer. Un poco apartada, la joven guía no perdía detalle de cuanto estaba sucediendo. Escrutaba concienzudamente las reacciones de Alexis.

De pronto sacó su agenda y apuntó algo. El joven inglés se encaró con ella.

—Apunte, sí, apunte cuanto quiera —dijo irritado—. No me importa lo que pueda decir de mí...

El profesor, vestido con una larga bata del laboratorio, sacó algo del bolsillo y tímidamente se le ofreció al joven.

—-Tenga, por favor. Esto le sosegará. Se sentirá mejor.

Alexis echó un vistazo a la cápsula que el otro le ofrecía en la palma de la mano extendida.

—¿Qué diablos es eso?

—«Relax 24-B». Cien por cien eficaz.

—Pero yo no quiero relajarme ni sentirme mejor —volvió a encresparse Alexis—. ¡Apártese, cretino!

Como un rayo, el puño derecho del joven se estrelló violentamente contra la cara del profesor, cuya cabeza rebotó con fuerza en la puerta de hojas metálicas que tenía a su espalda. La cápsula «Relax-24-B» rodó por el suelo. Alexis se apresuró a pisotearla.

—¡Esto es lo que hago yo con sus cápsulas!

Esther guardó apresuradamente su agenda de notas en uno de los bolsillos de su traje dorado de fibra metalizada. Como por arte de magia apareció en su mano una pequeña pistola aplanada, del mismo color que el vestido. Apuntando a Alexis entre ceja y ceja apretó el gatillo y, sin transición apenas, el cuerpo del joven se desplomó pesadamente, como fulminado por un rayo.

El profesor lanzó un fuerte resoplido y se dejó caer en una butaca.

—¡Puff! ¡Qué mal rato he pasado! Es la primera vez que me pegan en mi vida. Jamás he tropezado con un hombre tan violento. Creo que debería estar con los del arroyo.

Esther asintió con un movimiento de cabeza.

—Tendremos que dar cuenta de lo sucedido —continuó diciendo el profesor, aún con la cara demudada—. Un individuo así es un peligro para NYB.

—Lo es, en efecto —dijo la muchacha sin dejar de mirar el cuerpo que yacía en el suelo. Se fijaba sobre todo en su rostro, en el que ahora aparecía una expresión plácida—No creo que se le pueda recuperar. Sencillamente, no quiere recuperarse; no pone nada de su parte.

* * *

Media hora después Alexis despertó en su apartamento. Estaba tumbado en el lecho, sobre la frazada, completamente vestido. Le dolía la cabeza terriblemente y al abrir los ojos lo primero que vio fue una neblina. Por un momento creyó que estaba solo. No recordaba nada de lo sucedido en la sala de Proyección Simple.

De pronto oyó una voz de mujer.

—¿Cómo se encuentra?

Se incorporó un poco, y entre la neblina vio la figura de una mujer, un rostro borroso cuya boca no era más que un punto oscuro.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz débil.

—Esther —dijo la mujer, y Alexis volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada—Ahora le duele la cabeza, es natural. Pero pronto se le pasarán los efectos. Tuve que dormirle. Lo siento.

Alexis trataba de hacer memoria, ¿Por qué habían tenido que dormirle?

La mujer tomó asiento en el borde de la cama. Alexis sintió su mano sobre la frente. Una mano cálida, afectuosa,

¿Se siente mejor ahora?inquinó ella con voz afectuosa. Siguió acariciándole, ordenando sus cabellos. El joven en efecto, empezó a sentirse mejor. La neblina desapareció al fin de su visión y pudo contemplar la cara de la muchacha que le miraba sonriente.

¿Qué me ha sucedido? —su voz aún era tenue.

—Ya se lo he dicho. Tuve que enviarlo al limbo ¿Sabe que es usted sumamente agresivo? Eso no está bien, es más propio de otra clase de individuos.

—Lo siento —balbuceó Alexis. Empezaba a recordar lo sucedido en el laboratorio de proyección—. Lo siento de veras.

—¿Se encuentra ya mejor?

—Sí, gracias... Aunque aún me duele bastante la cabeza ¿Porque lo hizo? Si me hubiesen dejado salir de la sala yo no habría golpeado al profesor Ireton.

El hecho de querer salir de la sala significa ya un acto de violencia, de indisciplina, de desacato a la autoridad Créame, tuve que hacerlo. Lo siento.

Ella seguía acariciándolo. La frente dolorida, las sienes las mejillas. Pero el dolor seguía allí, en lo más profundo de su cabeza. Era la primera vez que disparaban contra él para dormirle, pero

conocía sobradamente los efectos del impacto: primero, dolor localizado en la cabeza, seguido de una acentuada debilidad general que podía durar horas. Por supuesto para todo tenían remedio en Elite Cósmica. Estaban las píldoras supereficientes. Afortunadamente, no había una sola cápsula en el apartamento. Prefería seguir con el dolor de cabeza y la debilidad general.

Intentó sonreír, agradeciendo las caricias que ella le prodigaba. De pronto recordó la agenda de la muchacha sus continuos registros de lo que él hacía o dejaba de hacer y se puso serio.

—¿Por qué escribe tanto sobre mí? Supongo que también habrá apuntado lo del puñetazo al profesor Ireton.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Desgraciadamente, así es. Ellos tienen que saberlo todo. De alguna manera, siempre lo saben todo. No se les puede escamotear nada. Ningún hecho. De modo que también he apuntado lo del puñetazo. Su intensidad y circunstancias.

—¿Y qué intensidad ha tenido mi puñetazo?

—Oh, escalofriante. Intensidad ocho. Casi un clásico puñetazo del antiguo Far-West, cuando los colonizadores y todo eso.

—Supongo que estoy a punto de ser arrojado del paraíso —exclamó Alexis con tristeza.

—Oh, aún puede salvarse —dijo ella con una sonrisa fascinante. Su boquita en forma de corazón comenzó a descender sobre el rostro del hombre. Alexis puso su mano en el hombro de la muchacha y la rechazó, suave pero enérgicamente. Ella hizo un mohín de disgusto.

—¿Es que no te gusto?

—La verdad, empieza a preocuparme eso de la intensidad. ¿También piensas apuntar el grado de intensidad de mis besos?

—Aún no me has besado.

—No me gustan los besos experimentales. Y no me gusta sentirme hombre-objeto.

Ella se incorporó bruscamente. Comenzó a pasear por la habitación. No dejaba de sonreír, pero se le notaba cierta impaciencia.

Alexis se llevó ambas manos a la cabeza. Tenía las palmas muy frías y a su contacto con los parietales sintió un momentáneo alivio. Le hubiese gustado estar solo, pero comprendía que eso no dependía

de él. Ni siquiera de la muchacha. Los dos eran simples piezas de un engranaje implacable.

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —preguntó ella, sin cesar de ir de un lado para otro.

—Sí, mucho.

—Una simple cápsula y desaparecerá en cuestión de segundos.

No hay ninguna cápsula en este apartamento, lo sabes muy bien.,

—Ahí tienes todas las que puedas desear —dijo ella indicando con un gesto la mesita de noche. Alexis volvió la cabeza rápidamente hacia la mesita. En efecto, no faltaba nada, o casi nada: cápsulas pequeñas y grandes contenidas en frascos de todos los colores. Cápsulas como cañamones y otras grandes como uvas. Para tragar y para saborear. Eficaces, milagrosas. «De haber existido los dioses mitológicos habrían inventado consumido esta clase de píldoras» decía el folleto explicativo de alguno de estos productos.

—No pienso tomar ninguna porquería —dijo Alexis.

No lo comprendo —la muchacha le miraba sorprendida, casi irritada—, ¿A quién le gusta que le duela la cabeza durante horas, cuando en su mano está la solución?

—Es una cuestión de principios. No quiero volver a las andadas. No quiero volver a ser feliz, como si a mí alrededor todo fuese de color rosa...

Esther volvió a sacar su libreta. Apuntó algo con mano temblorosa. Luego se la guardó y, sin mirar al hombre que yacía en el lecho, comenzó a desvestirse.

—¿Qué haces? —preguntó Alexis extrañado.

—Debo comprobar tu capacidad amatoria. Vamos, quítate la ropa. —Bajó la voz y añadió en tono irónico—: Es decir, si tienes por costumbre quitártela en casos así... Alexis obedeció de mala gana. Con el rabillo del ojo vio el cuerpo de la muchacha: una figura espléndida. Pero el dolor de cabeza arreciaba, era cada vez más fuerte y se interponía entre la mujer y el deseo. Hubiese querido desearla, pero se sentía mal. «El amor es cosa mental», decían los expertos desde la antigüedad, pero él no estaba en condiciones de desarrollar ni la más mínima operación mental. No obstante, lo intentaría.

La abrazó con pasión, fingiendo una entrega y un ardor que estaba muy lejos de sentir. Ella se dio cuenta desde el primer momento. Le rechazó, colocándose boca arriba en el lecho.

—Así no vas a conseguir nada.

—¿Cómo lo sabes? No soy una máquina, hay que dar tiempo al tiempo.

—Eso era antes, en tiempos de nuestros tatarabuelos. En el siglo XX. Pero ahora es diferente. ¿Por qué no tomas la «Sex Eficient-2011»? Está ahí, en el cajón de la mesita. No tienes más que alargar la mano. Erección instantánea, proporciona volumen y...

—Claro, como cualquier champú de yerbas: proporciona i volumen. Mira, acabas de darme una idea: la próxima vez, que me lave la cabeza utilizaré ese preparado.

Se apoderó de aquella cintura que hubiera podido abarcar con las dos manos. Le dolía menos la cabeza, aunque aún no se sentía en su mejor forma.

Sin embargo, debía sobreponerse y hacer el amor. Su expediente rezaba: Mediocridad sexual. Era preciso aplicarse para escalar posiciones y así mejorar su suerte, como un estudiante que clava los codos en la mesa para sacar mejores notas, aunque no eran precisamente los codos lo que él debía clavar...

Al besar a la muchacha, notó que su lengua tenía un extraño y maravilloso sabor a mentol. «Un afrodisíaco sintético», pensó Alexis.

Ella había tomado sin duda algún compuesto que, al disolverse en su boca, le impregnó la cavidad bucal de una, sustancia altamente excitante. Se sintió atrapado, como el pajarillo que se posaba en la rama untada de liga.

La joven se abrazaba a él furiosa, desesperadamente. Comenzó a susurrar su nombre, y él se apresuró a taparle la boca con besos cada vez más intensos y posesivos, al tiempo que, para inmovilizarla, la aferraba por los cabellos de la nuca.

Cuando todo terminó, Alexis se echó a un lado, manteniendo su mano aferrada inadvertidamente a los cabellos de la joven. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, acaso por primera vez en su vida, había hecho el amor de una manera instintiva, acaso brutal, sin miramientos ni inhibiciones, como sin duda lo hizo el hombre de las

cavernas.

Se sintió avergonzado y empezó a excusarse torpemente, retirando la mano de su nuca; pero ella, rodeándole con sus brazos le susurró al oído:

—No te preocupes, no me has hecho daño. De veras, querido. Pero tienes que decirme qué nuevo excitante nuclear utilizas. ¡Es sencillamente fenomenal!

CAPITULO VI

Durante varios días estuvo sometido a sesiones de proyección Simple. Esther no se apartaba de su lado. De vez en cuando la veía tomar notas en su agenda, cosa que le producía cierta inquietud. Sabía que en aquellas notas se fraguaba su suerte futura.

En la sala de proyección adoptaba una actitud pasiva. Contemplaba cuanto sucedía en las tres pantallas con expresión de profunda indiferencia, aunque en más de una ocasión, al ver cómo el profesor Ireton y Esther disfrutaban ostensiblemente con lo que estaban viendo, estuvo a punto de levantarse y salir. Pero comprendió que nada conseguiría con ello, como no fuese más sesiones de documentales en directo.

Un día preguntó a Esther por Vanesa. Hacía ya tres o cuatro días que no había vuelto a verla.

—No sé —contestó Esther, reticente—. Tal vez se encuentre enferma.

—El otro día parecía gozar de muy buena salud.

Ella se encogió de hombros, pero por su expresión adivinó Alexis que sabía algo respecto a Vanesa que no quería confesar.

Había transcurrido una semana desde que se entrevistara por primera vez con el profesor Vidal, Gran Jefe de Elite Cósmica. Aquella mañana, al despertarse, le aguardaba una sorpresa. El preboste deseaba verte de nuevo en su despacho oficial. Se lo comunicó Esther a través del aparato audiovisual que tenía en el apartamento.

—¿Para qué diablos querrá verme ahora? —preguntó Alexis, irritado. No le gustaba aquel hombre, le desagradaba el recuerdo de la primera entrevista, cuando hubo de acercarse a su mesa recorriendo la estrecha alfombra mullida.

Cuando la puerta de la gran sala donde le esperaba el profesor Vidal se abrió, Alexis dudó un instante antes de dar el primer paso. El gran preboste no estaba sólo: a su lado había un robot. Un nuevo modelo del que se decían maravillas.

—Adelante —la voz provenía del fondo de la sala. Alexis no supo si era el hombre o el robot quien hablaba—. Vamos, no se

quede ahí parado.

Alexis obedeció inmediatamente. Comenzó a recorrer el largo trecho que le separaba de la mesa. Sus pisadas no producían el menor ruido en la alfombra. De esta forma, nadie que se acercase al Gran Jefe podía molestarlo con un sonido demasiado vivo de pisadas que pusieran de manifiesto decisión, agresividad o arrogancia. El Gran Jefe sabía lo que se hacía. Al avanzar por la alfombra sin oír sus propios pasos, Alexis sentía cómo iba perdiendo confianza en sí mismo.

Cuando llegó ante la mesa se detuvo con los dos pies juntos. En seguida notó los ojos del profesor clavados en él como puntas aceradas. El robot permanecía inmóvil. Sus ojos, pequeños y reflectantes, parecían mirar a la pared de enfrente por encima de la cabeza de *monsieur* Vidal.

—Míster Home —empezó diciendo el Gran Jefe—, he seguido con interés sus progresos. Creo sinceramente que es usted un hombre recuperable.

—Gracias, señor.

—Sin embargo, debo decirle que se observan en usted reacciones absolutamente negativas, decepcionantes. Por ejemplo, su ataque físico al profesor Ireton. ¿Qué tiene usted que decirme al respecto?

Alexis miró al Gran Jefe, luego al robot. Parecían primos hermanos: la misma impasibilidad, la misma frialdad inexpresiva.

—Siento lo sucedido, señor —dijo en tono compungido—. No volverá a ocurrir.

El presidente Vidal se levantó de su asiento y se acercó al robot. Eran aproximadamente de la misma estatura, ambos medían cerca de dos metros. Apretó dos teclas y luego, tras un pequeño intervalo, una tercera. Algo sucedió en el robot. Su pecho metálico pareció imitar la respiración humana. Sus ojos se movieron dentro de las órbitas. Toda su estructura se estremeció imperceptiblemente. Poseía un amplio panel de mandos en la parte izquierda del pecho, a la altura del corazón, El profesor Vidal pulsó dos teclas más y una luz verduzca se encendió en la frente de la máquina.

El hombre volvió a ocupar su asiento sin dejar de mirar al robot. Parecía mirarle a los ojos, como si de un ser humano se tratara.

Alexis aguardaba en vilo, con el corazón encogido. Tenía el presentimiento de que nada bueno podía esperar de aquella situación. Nunca le habían gustado los robots, y mucho menos los más perfectos. El nuevo robot se llamaba «Aquiles B» y ya había comenzado a fabricarse en serie., Pronto sería enviado al espacio, a aquellos mundos donde fueran requeridos sus servicios.

—Aquiles —dijo el profesor de pronto—. ¿Me oyes, Aquiles?

La máquina asintió con un pesado movimiento de cabeza.

—Muy bien. Ahora quiero que te acerques a míster Home y le tomes la mano.

El robot obedeció. Hizo girar su cabezota de mastodonte, y con andar rígido se acercó al joven. Alexis hizo ademán instintivo de retroceder, pero se contuvo a tiempo. Aquiles le ofrecía su mano, como un amigo que deseara estrechársela afectuosamente.

—Vamos, míster Home, dele la mano.

Alexis obedeció. Sintió un contacto cálido, casi humano. La mano del robot, grande como la de un jugador de baloncesto, parecía dotada de vida propia. La palma y la yema de los dedos eran de un material plástico que imitaba la carne humana; el dorso estaba recubierto de una fina capa metálica.

—Mírele a los ojos, míster Home —dijo el profesor en tono autoritario.

Alexis hizo lo que le ordenaban. Ligeramente más bajo que la máquina, hubo de levantar la vista para fijarse en los extraños ojos de «Aquiles B».

Al instante se sintió estremecer. Aquélla no parecía la mirada de una máquina. Los ojos del robot, con una fijeza de serpiente, parecían inmovilizarle interiormente, anulando su voluntad. Quiso reaccionar, mirar a otra parte, pero algo se lo impedía. Recordó de pronto algo que había oído comentar en NYB: «Aquiles B» estaba dotado de mirada magnética, hipnotizadora.

Notó cómo la palma de la mano del robot se iba calentando por momentos. Era un calorcillo agradable que se iba transmitiendo a su sangre y a todo su ser. Comenzaba a sentirse a gusto, únicamente la mirada de Aquiles le producía cierto malestar.

No supo cuánto tiempo había transcurrido desde que Aquiles le diera la mano. De súbito, oyó como en la distancia la voz del

profesor Vidal:

—Y ahora, míster Home, quiero que me diga la verdad: ¿Está usted realmente arrepentido de haber atacado al profesor Ireton?

—No, en absoluto —se oyó decir a sí mismo Alexis—. Ese estúpido se lo tiene bien merecido. Y le diré más: me gustaría volver a darle un buen puñetazo en el mentón. Me crispa los nervios ver cómo disfruta cuando ve una de esas escenas terribles en la pantalla... Es un sádico, como la mayoría de todos nosotros... es decir, de todos ustedes... Porque yo, la verdad, lo paso muy mal cuando veo... cuando veo...

—Vamos, no se interrumpa, diga todo lo que siente —oyó de nuevo la voz del profesor Vidal—, Hable sin el menor recato.

Alexis continuaba mirando como hipnotizado al robot. Pero se sentía bien, el calorcillo que le transmitía la mano de la máquina era la sensación más agradable que había sentido nunca, sólo comparable a un orgasmo. Deseaba continuar así durante el mayor tiempo posible, estrechando la mano de Aquiles. Lo único que le molestaba un poco era aquella mirada fija, posesiva, casi dolorosa.

—No me gusta ver sufrir a esas pobres gentes... Es horrible ver cómo se aniquilan entre ellos. Es un espectáculo deprimente. ¿Qué tenemos los felices integrantes de Elite Cósmica por corazón? ¿Un pedazo de hielo? ¿Por qué no hacemos algo para mejorar la suerte de esos desgraciados? Si al menos los compadeciésemos un poco...

Callóse porque de pronto se dio cuenta que estaba diciendo algo que no debía decir. Estaba desnudando su alma, revelando cosas que sólo a si mismo podía decirse.

—Vamos, continúe, no se detenga —ordenó vivamente el Gran Jefe.

—Nunca podré estar de acuerdo con la actual estrategia de Elite Cósmica —prosiguió diciendo Alexis sin dejar de mirar los ojos de Aquiles—, Es inútil, nunca volveré a ser el que antes era. Esta es una sociedad cruel, insolidaria...

Se oía a sí mismo con terror, pero no podía fingir no podía hablar de otro modo. Se sentía como el conductor al que de pronto se le rompen los frenos de su coche en una cuesta abajo. No podía hacer nada, él se deslizaba por la pendiente de la verdad absoluta.

—...y yo no puedo seguir viviendo en una sociedad así.

Demasiado cruel, demasiado egoísta. Necesita cambiar. Necesito aire fresco, necesito...

Se interrumpió. El calorcillo que le transmitía la mano del robot se hacía más y más agradable por momentos. Hubiese podido soltar su mano, con lo que tal vez habría conseguido liberarse al mismo tiempo de aquella mirada fija y penetrante, dolorosa. Pero el placer que le producía el contacto de aquella mano sofisticada y genial era mayor que su inquietud.

—No se detenga —oyó la voz del profesor—. Hable, míster Home.

Y él continuó hablando. Condena total de Elite Cósmica. Se daba cuenta de que «Aquiles B» era una especie de suero de la verdad. Pero no le importaba. ¡Era un suero tan maravilloso! ¡Era tan placentero el contacto de aquella mano robotiana!

CAPITULO VII

Una hora después estaba Alexis Home en su apartamento. Seguía pensando en la extraña entrevista mantenida con el Gran Jefe de EC. Aún se sentía confuso y distraído, no lograba superar la fuerte impresión recibida. Se miraba la palma de la mano derecha, la misma que había estrechado la del inefable robot «Aquiles B». Aún le corría por el cuerpo el dulce hormigueo producido por aquel contacto.

Tenía la palma de la mano de un color rojizo y levemente sudorosa, pero de buen grado hubiese acudido a una nueva cita con el presidente Vidal con tal de volver a estrechar la mano del robot.

Y sin embargo, no se le escapaba que ahora estaba en peligro. Había dicho todo lo que sentía y la respuesta no se haría esperar. Probablemente iban a arrojarle al arroyo. Como mal menor, sólo podía esperar que le enviasen a algún lejano planeta en los confines de 1a galaxia. Esta última posibilidad no le aterraba tanto.

Tenía necesidad de tomar un trago de whisky, pero el alcohol estaba prohibido en las ciudades de Elite Cósmica. Sólo podía encontrarse ocasionalmente en una especie de mercado negro que existía en Londres B. Pero en la ciudad donde se hallaba actualmente, por ser sede central de EC, lo más probable era que no existiese dicho mercado.

Hubiese dado cualquier cosa por un buen trago, hacía ya varios meses que no lo probaba. Lo prefería a cualquier otra droga estimulante.

En el buffet de que disponía el apartamento no encontró nada más que bebidas asépticas hechas de yerbas y de los más variados frutos. Nada que valiese la pena probar.

Se dejó caer desalentado en el diván del saloncito. Miró la puerta por donde, a no tardar, aparecía la escultural figura de Esther. Probablemente le indicaría con un gesto que la siguiese al dormitorio. Harían el amor, y luego ella, sacando su carnet de apuntes, escribiría algo: registraría su forma de hacer el amor, la intensidad de sus caricias, cada detalle y tal vez cada palabra susurrada durante, antes y después del coito. Terrible. ¿Por qué

tenían tanto empeño en escudriñar su capacidad sexual? Parecía como si de él dependiese la continuidad de la especie.

No fue Esther quien apareció por la puerta de su apartamento, sino Vanesa. La joven se quedó inmóvil nada más traspasar el umbral, mientras la puerta se cerraba automáticamente a su espalda. Sonreía, como siempre, pero en su expresión creyó descubrir Alexis una sombra de preocupación. Se alegraba de verla.

—Hola, Vanesa. ¿Qué es de tu vida? Hace ya algunos días que no te veo. Vamos, acércate. ¿Por qué me miras así?

—Has cambiado —dijo ella—. Te encuentro más animado, más alegre. Me alegro por ti, de veras.

—Tú, en cambio, pareces un poco triste. ¿Qué te sucede?

Ella parpadeó dolorosamente, al tiempo que se sonrojaba ligeramente, como una niña a la que llaman la atención por una travesura. La tristeza, además de ser peligrosa, era pecado en NYB, lo mismo que en cualquier otra ciudad B. Los versos de un famoso poeta del siglo XIX que rezaban: «Y no estés nunca triste, que es pecado estar triste», eran tomados al pie de la letra en Elite Cósmica. Pecado capital del que podían derivarse toda una suerte de desdichas.

—No me sucede nada —dijo ella, sentándose a su lado—. Quizá me encuentro un poco desanimada.

—Pues eso tiene fácil remedio. Existe todo un arsenal de cápsulas que te pueden colocar en la estratosfera.

Ella le miró a los ojos.

—He dejado de tomar cápsulas —dijo en tono confidencial—. A modo de experimento. Quería saber cómo se siente una sin tomarlas.

Alexis puso cara de asombro. Sonrió escéptico.

—¿Te burlas?

—No me burlo, te digo la verdad. Me dije que sería bueno tratar de meterme en tu pellejo, de ponerme en tu lugar.

Y ahora comprendo algunas de tus reacciones.

—¿Y cómo te sientes? —inquirió Alexis con ansiedad. Ella se encogió de hombros.

—No sé, creo que aún es pronto. Me encuentro rara, eso es todo. No sé si mejor o peor. El primer día lo pasé muy mal.

—Es natural. Es inevitable padecer al principio eso que los

antiguos llamaban síndrome de abstinencia.

—Pero nuestros preparados no son drogas —protestó ella—. Son productos naturales.

—Manipulados y potenciados —sentenció Alexis, observando atentamente el rostro de la joven—. ¿Sabes una cosa? La abstinencia te favorece, te sienta de maravilla. De veras.

—¿Lo dices para que no vuelva a probar una cápsula? —preguntó ella sonriendo débilmente.

—Te gustaría que no volvieras a probarlas, en efecto —dijo él, mirándolo a los ojos con expresión severa—. Probablemente no serías tan feliz, pero verías las cosas con más claridad.

Ella dejó escapar un suspiro. Estaba pensativa. De pronto se levantó y comenzó a pasear por la estancia. Alexis la seguía con la mirada. La encontraba mucho más hermosa y deseable que anteriormente. Sentía deseos de levantarse y abrazarla, pero se contuvo. Pensó que no era el momento más apropiado para hacer el amor. Ella estaba confusa todavía, se encontraba ostensiblemente bajo los efectos de un cambio físico y mental.

Cesó de pasear y volvió a sentarse en el diván, junto al joven.

—Estoy inquieta, ¿sabes? Si tuviese tres dedos de frente... me tomaría inmediatamente una cápsula para relajarme y volver a ver la vida de color de rosa. Pero en este tiempo que llevo sin tomar cápsulas he notado que se me ocurren nuevas ideas; ideas muy originales. Por ejemplo, que esta noche hay luna llena y me gustaría dar un paseo por las afueras, junto a las nuevas murallas y alambradas. Es curioso, ¿verdad? Nunca hasta hoy me había apetecido pasear a la luz de la luna.

—Te acompañaré —exclamó Alexis, entusiasmado—, A mí también me apetece pasear a la luz de la luna. Pasearemos como dos enamorados,

—Los enamorados de Elite Cósmica no suelen pasear a la luz de la luna —dijo ella—. Se limitan a hacer el amor, sin más.

—Claro, así sucede que luego no les quedan ganas para pasear. ¿Ves como no tomar cápsulas también tiene sus ventajas?

Ella sonrió de buena gana.

Aquella noche pasearon a la luz de la luna. Caminaban enlazados por la cintura, como dos enamorados, y durante un buen

rato no despegaron los labios. Los escasos viandantes con los que se tropezaban se volvían para mirarlos con extrañeza. Sin duda les extrañaba el hecho de que caminasen como al azar, sin prisa, en una ciudad donde nadie perdía el tiempo.

Llegaron ante la Gran Muralla que rodeaba la ciudad. Una muralla que aún no habían terminado de levantar. Fuertes alambradas defendían aquellas zonas donde todavía no existían muros.

En lo alto de las murallas, grupos de guardias patrullaban de un lado para otro armados con sus fusiles lanzarrayos.

—La Historia se repite —dijo Alexis—. Dentro de poco, esto será como la Gran Muralla China,

—Sí —dijo Vanesa—, Manhattan convertido en fortín.

—Y a no tardar, los seres desesperados que hay al otro lado atacarán como pieles rojas.

—No hay que ser tan pesimistas. Aunque algo tendrá que suceder... He estado pensando en esos pobres desgraciados. Parecen condenados a su total extinción. Pero en gran parte son culpables de lo que les pasa. Muchos son jóvenes y fuertes y podrían emigrar a otros planetas. Nuestro gobierno les da toda clase de facilidades. Existen programas de ayuda para aquellos que deseen hacerlo,

—No todo el mundo está dispuesto a dejar esta Tierra que les vio nacer. Además, no se fían. Creen que el paraíso a conquistar está precisamente aquí, en 1a Tierra. Sueñan con entrar a formar parte algún día de Elite Cósmica.

Estaba ahora a la entrada de un parque solitario, únicamente iluminado por la luz de la luna y algunos focos diseminados entre los arbustos. Vanesa propuso que fuesen a sentarse un rato bajo los árboles.

Una vez sentados, ella reclinó su cabeza sobre el hombro de Alexis.

—Siento por ti algo especial —dijo de pronto en tono bajo—. Es un sentimiento nuevo, nunca experimentado hasta ahora. No sé cómo definirlo.

—Puede que sea eso que los antiguos llamaban amor —dijo él en tono ligeramente sarcástico. En voz más baja y confidencial añadió—: Puedo asegurarte que yo siento lo mismo por ti.

Ella se apretó más contra él y le ofreció sus labios. Alexis la besó dulcemente. La joven, echándole los brazos al cuello, comenzó a besarle repetidamente. De pronto, Alexis vio que gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Qué sucede? ¿Por qué lloras?

—De felicidad, supongo —contestó ella, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Alexis la contempló con atención. Adivinó que lloraba por algo más que por un sentimiento de felicidad.

—Dime la verdad, Vanesa. ¿Qué ha sucedido?

Ella deshizo el abrazo y miró hacia el otro lado del parque antes de responder.

—Yo también estoy en peligro —dijo al fin—. Creen que me has contaminado. Que me has pegado tu enfermedad, como dicen ellos.

¿Ellos?

—El profesor Vidal y sus secuaces... Esta mañana me sometieron a la prueba del «Aquiles B».

—También a mí —dijo Alexis.

—Sí, lo sé. Y de ahora en adelante no podemos esperar nada bueno. Puede que nos envíen al arroyo.

—Allí nos encontraremos, entonces —dijo Alexis en tono firme —. No te preocupes. Si eso sucede, saldremos adelante.

—¡Pero eso sería horrible! —exclamó ella compungida—, ¡Un verdadero infierno! ¡No quiero salir de esta ciudad! ¡No quiero ir al arroyo...!

De nuevo corrían las lágrimas por sus mejillas. Alexis trató de consolarla, asegurándole que no sucedería nada. Lo único que debían hacer era volver a incluir en sus dietas respectivas todo el arsenal de cápsulas que procuraban felicidad, optimismo, continuo bienestar. Cápsulas para reír y sonreír. Para no sufrir ni admitir que, al otro lado de la Gran Muralla, había hombres, mujeres y niños que sufrían horriblemente.

Ella le miraba sorprendida. Cuando terminó de hablar, le preguntó con ansiedad:

—¿De veras? ¿No me engañas? ¿Tomarás tú también las cápsulas?

—Lo haré por ti —dijo él, secándole las lágrimas con sus besos.

No vieron la figura de un hombre que les vigilaba protegido tras el tronco de un árbol próximo.

Cuando la pareja se levantó, el hombre, rápido como una gacela, cambió de árbol para aproximarse a los dos jóvenes.

—Esta noche pienso atiborrarme de pastillas —dijo Alexis—. Para dormir profundamente y tener sueños felices. Para levantarme con una sonrisa de luna en cuarto menguante.

Volvían a reír. El hecho de saber que pronto volverían a ser artificialmente felices —pero felices en definitiva—, hacía de ellos dos seres nuevos, en nada distintos a todos cuanto pertenecían a Elite Cósmica.

Antes de salir del parque oyeron ruido de pisadas entre los árboles. Se detuvieron alarmados.

—¿Qué ha sido eso?

—Alguien nos ha seguido. Marchémonos, pronto.

Reanudaron la marcha, pero a los pocos pasos se detuvieron en seco: un hombre, empuñando un arma, salía de entre los árboles y les interceptaba el camino. Con las piernas separadas y expresión amenazadora, el desconocido les habló en voz baja, pero perfectamente audible:

—Ni un pasó más. Si intentan atacarme les tumbo de dos balazos.

Ninguno de los dos jóvenes sintió el menor miedo. No estaban acostumbrados a sentirlo. Además, aquella palabra (balazos) casi les produjo un ataque de risa. Al instante comprendieron que se hallaban ante un desesperado, ante un individuo del arroyo que había logrado traspasar la Gran Muralla.

—¿Pero todavía se utilizan esos viejos cacharros? —preguntó Alexis con toda calma—. Pistolas que disparan balas de plomo, ¿no es eso?

—Así es, amigo —dijo el desconocido y su dedo índice se apretó un poco más sobre el gatillo—. Si dan un paso más les líquido.

—¿Qué quiere? —preguntó Vanesa.

—Quiero comida y medicamentos para llevarlos al otro lado. Tengo un hijo enfermo. Y estamos hambrientos.

—No va a resultarle fácil encontrar comida —dijo Alexis—. Pero intentaremos ayudarle.

El hombre dio un paso hacia ellos. Iba desastrosamente vestido, y en su rostro era fácil descubrir, incluso bajo la luz de la luna, la huella de largos padecimientos.

—Venga con nosotros —dijo Alexis avanzando hada él sin ningún temor. El hombre bajó el arma. Estaba confundido. Quizá esperaba encontrarse con una fuerte oposición y se topaba con gente buena que intentaba ayudarle de buen grado.

—No debe temer nada de nosotros —dijo Vanesa—, Puede que nos topemos con alguna patrulla de vigilancia nocturna, pero procuraremos alejarnos de la muralla.

El desconocido dejó caer la mano que sostenía el arma. Parecía estar a punto de desmayarse. Alexis le pidió que le entregara la pistola. El hombre, tras un instante de vacilación, obedeció.

—Estoy en vuestras manos —dijo, en tono desesperado—. Pero confió en vosotros. Ya... ya no me quedan fuerzas.

—Vamos a mi apartamento, pronto —dijo Alexis—, Necesita usted muchos cuidados.

Salieron del parque. El desconocido iba entre ambos jóvenes, respirando fatigosamente y mirando a todas partes con recelo.

—Disimule un poco, amigo —le advirtió Alexis—. Se te nota a la legua que no es usted de NYB. Esas ropas le delatan, y si encima se muestra usted inquieto...

El desconocido asintió con un movimiento de cabeza. Despedía un olor acre, nauseabundo. El olor de la miseria.

—Le ayudaremos —dijo Alexis, tomándole del brazo y apretándoselo afectuosamente—. Puede estar seguro.

El otro le envió una mirada agradecida, una mirada de perro vagabundo que al fin encuentra un amo que lo acaricie.

CAPITULO VIII

No encontraron obstáculos en el camino. Cuando veían una patrulla de vigilancia cruzaban la calle, y por otra parte el desconocido era un hombre más bien insignificante que no llamaba la atención visto de lejos.

Al llegar al apartamento de Alexis, Vanesa se metió en la cocina, mientras Alexis y el fugitivo se acomodaban en el saloncito. En la estancia, profusamente iluminada, el rostro del hombre acusaba los estragos de una vida demasiado dura.

El desconocido dijo llamarse Chester Ferguson. Tenía treinta años, aunque representaba algunos más. Sentado en el diván, frente a Home, no cesaba de mirar a todas partes, como un animal que se siente acorralado.

—Tranquilícese —dijo Alexis—. No creo que nos hayan visto. ¿Le apetece tomar una buena ducha caliente antes de comer algo?

El otro asintió tímidamente con la cabeza. Después de la ducha, Alexis le hizo pasar al dormitorio desocupado, que comunicaba con el de Home.

—Abra el armario —le dijo el joven—. Encontrará un buen traje,

—No quisiera causarle muchas molestias —balbuceó Chester.

—No se preocupe, los trajes no son mío. Son de Elite Cósmica.

Cuando reapareció en el saloncito, Chester Ferguson tenía otro aspecto. El traje ajustado y de fibra metalizada color crema, muy semejante al que vestía el propio Alexis, le restaba apariencia cadavérica. En lo único que se apreciaba una diferencia sustancia! con cualquier otro miembro de Elite Cósmica, era que el rostro de Chester Ferguson parecía una máscara de tristeza. Una máscara en la que parecían cobrar especial relieve la mirada, permanentemente huidiza.

—Así está usted mucho mejor —dijo Alexis—. Parece otro.

Comió con gran apetito las viandas que le había preparado Vanesa, Levantó un vaso lleno de un líquido amarillento y burbujeante, mirándolo con desconfianza.

—¿Qué es esto?

—Vitaminas, minerales y oligoelementos. Se llama «Vitamicosmic 2011» —explicó Vanesa—. Tómeselo, le sentará bien.

Bebió un trago. Continuaba con aspecto cadavérico, pero algo sucedió en su organismo casi instantáneamente. Le brillaron los ojos, sus enjutas mejillas se colorearon inmediatamente. Al final del refrigerio pidió más «Vitamicosmic 2011», había apurado hasta la última gota,

—Con lo que ha tomado es suficiente por hoy —dijo Vanesa—. Ahora, quizá le venga bien un tranquilizante para que pueda dormir.

—No es necesario, estoy cansado —dijo Chester, y por primera vez pareció reparar en la muchacha. Comenzó a mirarla de un modo especial, de arriba abajo. Por último se fijó en su rostro.

—Es usted muy bonita —dijo al fin—. Donde yo vivo no se encuentran mujeres como usted...

—Bueno, creo que ya es hora de que me vaya —anunció la joven. Era evidente que Chester no era de su agrado.

—Aguarda un poco, debo hablar contigo —dijo Alexis—, Es preciso preparar un plan para ayudar a este hombre.

—Lo único que yo deseo es quedarme aquí para siempre —dijo Chester—. No quiero volver a! infierno.

—Pero eso va a ser casi imposible —dijo Vanesa.

—Absolutamente imposible —añadió Alexis.

—En ese caso, no me importa morir — mascculló Chester con tono sombrío—. Sabía a lo que me exponía cuando entré en NYB. Pero al menos pasaré las horas más felices de mi vida —añadió mirando significativamente a Vanesa.

—¿Pero no nos dijo que tenía usted mujer e hijos? —preguntó extrañado Alexis—. Yo en su lugar intentaría volver con ellos. Llevándome ropa y medicamentos, eso si...

—Les mentí —dijo Chester—, No tengo a nadie, ni mujer ni hijos. Por eso no me importa quedarme. No puedo, no quiero volver a aquel infierno.

Alexis y Vanesa intercambiaron una mirada. La presencia de aquel hombre en el apartamento les comprometía, especialmente a Home.

—No va a poder quedarse en NYB —repitió Alexis—. Trate de

ser razonable. Nosotros podremos tal vez ayudarte, siempre que quiera volver al lugar de donde procede. Le daremos ropas, alimentos concentrados... Podrá ayudar a alguien que lo necesite.

—Todo el mundo lo necesita al Otro lado —dijo Chester. No quitaba los ojos de Vanesa. Era evidente que la deseaba. El sustancioso refrigerio y el líquido burbujeante habían obrado el milagro. Era un hombre nuevo.

Alexis le pidió que se retirase a descansar, pues tenía que hablar a solas con Vanesa. Chester obedeció de mala gana. Antes de salir de la estancia se volvió en el umbral de la puerta y preguntó, mirando a la muchacha:

—¿Es cierto que hay muchas mujeres como usted en NYB? Quiero decir tan hermosas...

—En efecto —se adelantó a contestar Alexis—. Son todas muy hermosas. Parece preocuparle, amigo.

—¡Claro que me preocupa! Esa es una de las razones por las que estoy aquí.

—¿Es que no hay mujeres al otro lado?

—Las hay. Pero las mejores son para los fuertes, para los poderosos... Yo soy un paria. Mi mujer... —se interrumpió de pronto, al comprender que había cometido una equivocación.

—¿No dijo que no tenía mujer? —preguntó Alexis irritado.

El otro no contestó, hizo como que no había oído la pregunta. Lanzó una última y ardiente mirada a Vanesa y desapareció.

Una vez solos, Vanesa y Alexis se miraron preocupados. Su situación se volvía cada vez más difícil. Era preciso pensar pronto en una solución, y pensar bien.

—No hemos debido traerlo aquí —dijo Vanesa en voz baja—, Pronto sabrán que escondes un hombre en tu apartamento.

—¿Cómo van a saberlo? Nadie nos ha visto entrar.

—Es lo mismo. Ellos acaban por saberlo todo.

—Mañana por la noche intentaremos sacarlo. Mejor dicho, lo intentaré yo. No quiero que corras peligro por mí causa, Vanesa.

La joven iba a responder cuando oyeron el característico ruido que la puerta del apartamento hacía al abrirse: alguien había pisado la alfombrilla por la parte de fuera. En el apartamento de Home podía entrar cualquiera que tuviese acceso al edificio, como en una

tienda. Era lo que se denominaba una «vivienda abierta» para miembros de EC en régimen de vigilancia.

Poco después entraron tres guardias en el saloncito. En orden, sin hacer gala de malos modos ni impaciencia.

—Sabemos que ha entrado un fugitivo en este apartamento —dijo uno de los guardias, en tono frío, casi displicente—. Entréguenoslo míster Home.

Los tres guardias iban armados con metralletas lanzarrayos. También llevaban al costado la reglamentaria pistola que únicamente servía para privar de sentido al enemigo. Alexis ya conocía sus efectos.

Comprendió Home que era inútil oponer la mayor resistencia a aquellos hombres. Sin embargo, Vanesa no debió comprenderlo así, porque en seguida dio un paso hacia los guardias.

—Aquí no hay ningún fugitivo —dijo con desparpajo—. Creo que se han equivocado de apartamento.

—No van a engañamos —dijo el que mandaba a los guardias, mostrando a la pareja un aparato del tamaño dé una cajetilla de cigarrillos—. «Detecta B» tiene el olfato más fino del mundo. Supera al de un sabueso policía. Es muy sensible a los olores extraños. Ese fugitivo va dejando por ahí el olor característico de los hombres del otro lado del muro. Olor a podredumbre, a ropa usada... A miseria. En NYB no hay miseria.

Alexis asintió con la cabeza, se dio por vencido. Lo había olvidado: el sofisticado artilugio «Detecta B», dotado de una aguja sismográfica, detectaba la miseria como los antiguos perros de la policía detectaban drogas.

Hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta por donde momentos antes desapareciera Chester Ferguson, el hombre del otro lado de la Gran Muralla.

En su busca fueron dos de los guardias, mientras el tercero se quedaba en el saloncito vigilando a los dos jóvenes.

Lo sacaron a la fuerza. Chester se resistía, forcejeaba con todas sus fuerzas, pero los guardias le dominaban como si se tratara de un niño. Eran mucho más fuertes que él.

—Si no se está quieto tendremos que enviarle a la región de los sueños,

Chester dejó de forcejear, viendo la inutilidad de sus esfuerzos. Lanzó una mirada patética a Vanesa, que también se sentía impotente. Le hubiese gustado ayudar a aquel pobre desgraciado.

Antes de salir del apartamento se volvió Chester para mirar a Vanesa, Su voz tenía un tono desesperado:

—Sé que voy a ser ejecutado. No me importa... Pero antes quisiera hacer el amor contigo. Es lo único que deseo.

Vanesa bajó la cabeza, se retorció las manos y miró de soslayo a Alexis. Uno de los guardias soltó una risotada estentórea, Dijo:

—¡No te preocupes, amigo! ¡Como esta mujer hay miles en NYB! ¡Tendrás tu ración de sexo, Casanova!

Y otro de los guardias:

—Sois todos iguales, Sólo pensáis en el sexo. Y así os va...

Se lo llevaron. Cuando se quedaron solos, Alexis se dejó caer en el diván con expresión de profundo abatimiento. Sabía que nada bueno podía esperar después de lo sucedido. Ya no le darían la menor oportunidad de rehabilitación. Había ayudado a un fugitivo, delito que en NYB se castigaba con toda severidad: cárcel o destierro en un lejano e inhóspito planeta.

—Es horrible —dijo con un hilo de voz—. ¿Por qué tiene qué liquidar a ese pobre desgraciado? Su único pecado es haber entrado en NYB en busca de un poco de comida... y de amor.

—El amor se paga con la muerte, ¿no lo sabes? —reflexionó Vanesa—. Siempre ha sido así. No hay más que echar un vistazo a la Historia de la Humanidad.

Guardaron silencio. Cada cual buscaba en su propia mente una salida a la difícil situación en que se hallaban.

—¿Y si huyéramos al otro lado? —se le ocurrió a Vanesa; pero en seguida desechó esta solución. El otro lado significaba la destrucción, la degradación y la muerte. Al otro lado de la Gran Muralla estaba el infierno, el arroyo, la podredumbre.

Alexis se acercó a Vanesa y la abrazó, estrechándola contra su pecho. En aquel momento la compadecía. El la arrastraba hacia la perdición, hacia el arroyo del Nueva York primitivo. Inconscientemente, la había llevado a aquella situación. Ahora comprendía por qué los hombres como él eran un peligro para Elite Cósmica: contaminaban a los otros, a los sanos, a los que querían ser

felices y se divertían de lo lindo viendo en las salas de Proyección Simple los horrores de la gran ciudad primitiva.

—Es hora de que vuelvas a tu apartamento —dijo Alexis besándola en la frente—. No quiero que te encuentren aquí cuando vuelvan. Porque volverán a por mí.

—Pase lo que pase, quiero estar a tu lado —dijo ella vivamente, rodeando la cintura del hombre con sus brazos.

No pudo convencerla para que se fuera. Durmieron en la misma cama, compartiendo la misma zozobra, estrechamente abrazados. Sentían que habían nacido el uno para el otro, aunque ya era un poco tarde para pensar en unir sus vidas. Estaban irremisiblemente condenados a dejar de pertenecer a Elite Cósmica. Sin embargo, antes de dormirse se prometieron luchar con todas sus fuerzas contra los designios de aquella sociedad deshumanizada.

A la mañana siguiente los encontraron profundamente dormidos. Los mismos guardias que la noche pasada habían arrestado a Chester Ferguson entraron en el dormitorio sin hacer ruido y durante un rato estuvieron contemplando a la pareja. Los tres individuos sonreían en silencio. Adivinaban el inminente infortunio de la pareja y esto les hacía felices. La desgracia ajena añadía felicidad a los miembros de Elite Cósmica. Era como ver llover desde una confortable estancia caldeada.

—Mirad cómo se quieren —susurró uno de los guardias—, *Romeo y Julieta.*

—En su última noche —apostilló otro.

—Se lo merecen —concluyó el tercero—. Por traidores,

—Bien, muchachos —exclamó en tono más alto el que llevaba la voz cantante—. Registrad el apartamento. Puede que encontremos algo interesante.

Los otros dos obedecieron. Pocos minutos después regresaron con un precioso hallazgo: la pistola de Chester Ferguson.

—Estaba debajo del diván —dijo el guardia que la había encontrado—. Pistola de balas. Una reliquia. Por lo menos tiene doscientos años.

El que mandaba el grupo se guardó el arma. A continuación despertaron a los dos enamorados. Violentamente, golpeándoles en los pies con los cañones de sus ametralladoras lanzarrayos.

—¡Arriba, gandules!

Vanesa y Alexis medio se incorporaron sobresaltados, como impulsados por un resorte. El jefe de los guardias les ordenó que se vistieran sin pérdida de tiempo.

Alexis obedeció inmediatamente, pero Vanesa se quedó en la cama, rapándose hasta el cuello con la frazada.

—¡Vamos, Julieta, arriba! —apremió uno de los guardias, golpeando de nuevo con su arma los pies de la muchacha. Vanesa se encogió al tiempo que lanzaba un grito de dolor. Esta vez le habían hecho verdaderamente daño.

Alexis, a medio vestir, se lanzó contra el guardia que la había golpeado, propinándole un certero directo en la mandíbula. El hombre se derrumbó pesadamente, golpeándose la cabera contra la pared. Sus compañeros acudieron en su ayuda, apuntando a Home con sus armas.

—¡Quieto, Romeo! ¡Levanta las manos!

No tuvo más remedio que obedecer.

—Y ahora, Julieta, haz el favor de levantarte —ordenó el jefe del grupo.

Vanesa obedeció lentamente. El carmín cubrió sus mejillas, sentía el pudor de su desnudez. Los guardias la miraban sin el menor recato.

—No está mal Julieta, ¿eh? —comentó uno, guiñando el ojo a sus compañeros.

—¡Quitad vuestros cochinos ojos de ella! —rugió Alexis, rojo de ira.

Por un momento, los guardias se sintieron intimidados. El jefe aplicó el cañón del arma que empuñaba contra su costado y gritó:

—¡Calla o te dejo tieso, bastardo!

Vanesa se vistió rápidamente. Nunca se había sentido tan avergonzada de mostrar su desnudez. Lo achacó al hecho de que llevaba muchas horas sin tomar cápsulas.

CAPITULO IX

Alexis Home fue condenado a la pena de seis meses de destierro en un lejano planeta. Cuando preguntó el nombre del nuevo mundo en el que debía cumplir su condena, la respuesta fue que ya lo sabría a su debido tiempo. Al parecer, la incógnita formaba parte del castigo.

Únicamente le comunicaron que la duración del viaje de ida era de nueve meses. Hizo sus cálculos: «Nueve meses de ida y otros tantos de vuelta, suman dieciocho meses de viaje. En total, dos años lejos de la Tierra».

Esto era lo peor. Con toda seguridad lo hibernarían, y esta certeza tampoco le hacía feliz. Pero debía conformarse con su suerte.

En espera del día en que debía partir con rumbo desconocido, Alexis fue devuelto a su apartamento en NYB. Seguiría haciendo su vida habitual: sesiones de Proyección Cinematográfica Simple, junto a la inseparable Esther, su guía oficial con nariz de Cleopatra.

Le dieron a entender que sus servicios eran valiosos para Elite Cósmica, motivo por el cual la condena no había sido demasiado severa. No obstante, debía procurar con todas sus fuerzas volver a ser el que siempre había sido: un elemento eficaz, disciplinado, contento con su suerte dentro del perfecto engranaje de la organización.

De momento no iban a lograr salirse con la suya. No estaba dispuesto a echar mano del arsenal de preparados cuya utilización sistemática le habrían convertido de nuevo en un miembro «normal» y privilegiado de Elite Cósmica.

No pudo enterarse de la suerte corrida por Vanesa. Lo único que sabía con seguridad era que también ella había caído en desgracia. En cuanto a Chester Ferguson era de suponer que había sido ejecutado.

Cada día notaba más la falta de Vanesa. No quería confesárselo a sí mismo, pero una y otra vez su pensamiento le decía que estaba perdidamente enamorado. No obstante debía tratar de olvidarla por completo, luchar contra este sentimiento, que le dominaba en el momento más inoportuno: cuando tenía escasas posibilidades de

volver a verla. Lo más seguro era que también ella hubiese sido condenada a una pena de destierro, o tal vez confinada en algún centro de Rehabilitación Integral.

¿Por qué no le enviaban a él a uno de estos centros? Sencillamente, porque estos centros convertían al individuo en un verdadero robot, en un corderito estúpido y disciplinado, y él aún era considerado como un elemento valioso y de carácter. Un poco de genio también era imprescindible en la organización. Para los puestos directivos se requerían dotes de mando.

* * *

Y llegó el momento de la partida. Aquella mañana, Alexis fue conducido hasta el aeropuerto por una fuerte escolta de guardias. La aeronave aguardaba sobre una plataforma, con la rampa dispuesta para recibir a los viajeros.

Alexis quiso saber a dónde se dirigían. El jefe de la escolta le dijo que ya se enteraría cuando llegase a su lugar de destino.

Entre los que acudieron a despedirle estaba el profesor Ireton, quien acercándose a él le susurró al oído:

—Apuesto doble contra sencillo a que cuando vuelva a NYB es usted el más sociable de los hombres.

Estas palabras, dichas en un tono sarcástico, le sorprendieron. ¿Qué había querido decir el antipático Ireton? Sin duda él conocía el destino de la aeronave que estaba a punto de partir.

Los tripulantes, cinco hombres y una mujer, ya estaban en sus puestos. Alexis fue introducido en una cabina de reducidas dimensiones; en el techo había una especie de claraboya de cristal condado herméticamente cerrada. Las paredes estaban acolchadas, el silencio era total. La puerta se cerró a su espalda. Entonces se sintió desesperado e impotente. Toda la rabia que había acumulado durante los largos días de espera estalló en su interior. Cerró los puños y descargó un fuerte golpe contra la pared acolchada, y luego otro, y otro más.

Sintió de pronto una ligera vibración y comprendió que

despegaban. Se quedó inmóvil en el centro de la pequeña estancia, con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho: nunca se había sentido tan desalentado.

Se despidió mentalmente de Vanesa. Probablemente no volvería a verla nunca más. ¿Cómo podría vivir sin ella? Con su mismo rostro de antigua y famosa estrella de cine había muchas en la Tierra, y hasta era probable que las encontrase también en el planeta al que se dirigía; pero ninguna sería Vanesa.

Lo atormentaba la idea de no volver a verla. Se dejó caer en el suelo, con la espalda apoyada en la mullida pared. Apoyó la frente en las rodillas. Trataba de poner un poco en orden en sus ideas, diciéndose que no debía derrumbarse precisamente en aquellos momentos, en que tanto necesitaba de la presencia de ánimo. Seis meses pasan pronto, pensó. «Quizá vuelva a ver a Vanesa».

Transcurrió un buen rato. Alexis no cambió de postura. De súbito, la puerta volvió a abrirse con un sonido sibilante. Apareció una linda muchacha con cara de Gioconda que le invitó a seguirle.

Se levantó de mala gana. Recorrieron un estrecho pasillo tenuemente iluminado, al final del cual la mujer oprimió un botón y se abrió otra puerta.

Estaban ahora en una salita bastante espaciosa, en lo que parecía una especie de *self- service* en miniatura: cuatro mesas, diez o doce sillas y un largo y estrecho mostrador en el fondo sobre el que se veía una fila de alimentos protegidos por una vitrina movible. Presidía la estancia una gran fotografía del presidente Jacques Vidal, Gran Jefe de Elite Cósmica.

—Es la hora de su almuerzo, míster Home —explicó la azafata—. Espero que encuentre la comida de su gusto. —Le dedicó una fascinante sonrisa y salió. La puerta volvió a cerrarse.

Alexis recorrió con una rápida mirada el recinto donde ahora estaba. Junto a la puerta había un panel con teclas. Le bastaba apretar la correspondiente a la puerta para salir de su encierro, pero al instante desechó esta idea. ¿Qué adelantaba con dirigirse a la sala de máquinas en busca de los tripulantes? ¿Con qué iba a dominarlos? Carecía de armas, y ellos iban sin duda armados hasta los dientes. Debía conformarse con su suerte. Volvió a decirse que dos años pasan pronto.

No tenía apetito. Dirigió una mirada de soslayo a los alimentos que se alineaban bajo la vitrina; triángulos de carne de cerdo, hamburguesas que era preciso preparar en el aparto que para tal efecto había adosado a la pared, junto a la vitrina: frutas escarchadas, conservas... Nada que le apeteciese especialmente.

Comenzó a pasear nerviosamente entre las mesas, desplazando las sillas en sus idas y venidas. Volvía a sentirse inquieto, con ganas de golpear. Pero las paredes del *self-service* no estaban acolchadas. De súbito, cerró los puños y lanzó varios directos al vacío, en dirección a la fotografía del Presidente Jacques Vidal, que parecía mirarle con sorna.

Bajo la fotografía del Gran Jefe había una pequeña pantalla de comunicación audiovisual. Se encendió una luz verde junto a la pantalla y un instante después apareció el rostro sonriente de uno de los tripulantes.

—Buenas tardes, míster Home —dijo con voz de timbre armonioso—. Soy Jeff Morgan, capitán de la nave. ¿Se encuentra usted bien a bordo?

—No —fue la respuesta desabrida—. ¿Por qué no me dejan en paz?

—De eso se trata —contestó en tono amable el capitán Morgan —. Queremos que recupere usted la paz.

—¿Adónde me llevan?

—No podemos decírselo. Hay una orden estricta en este sentido. De todas formas, puedo adelantarle que no lo va a pasar usted mal —la sonrisa del capitán Morgan se ensanchó considerablemente—, se lo aseguro. Elite Cósmica ha sido muy benévola con usted, míster Home, Pero yo le aconsejaría que no siguiese tentando a la suerte... Hasta un buen padre llega a cansarse de un mal hijo. Pero insisto: es usted un hombre afortunado. Dentro de breves instantes será usted el ser más dichoso de cuantos viajamos en esta nave. Buenas tardes, míster Home.

Se borró de la pantalla la imagen del sorprendente capitán Morgan. Alexis no salía de su asombro, meneó la cabeza para convencerse de que no estaba soñando, de que había oído bien. El capitán le había dicho que dentro de breves instantes iba a ser feliz... ¿Qué habría querido decir? ¿No estaría burlándose de él?

Continuaba aún con los ojos fijos en la pantalla audiovisual cuando oyó la puerta abrirse a su espalda. Se volvió. Era Vanesa.

Alexis se la quedó mirando como hipnotizado. No podía dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos. Era Vanesa en persona, sonriente, pelirroja y escultural.

—Hola —saludó ella haciendo un gracioso mohín. Alexis sorteó mesas y sillas precipitadamente. Se abrazaron como dos enamorados que se ven después de muchos años de separación. Durante largo rato retuvieron estrechamente unidos, prodigándose caricias. Muy juntos, se sentaron, ante una mesa. Alexis no se cansaba de mirarla a los ojos, de decirle que la quería más que a nada en el mundo.

—Estoy deseando llegar a donde quiera que nos lleven —dijo él —. Supongo que no nos separarán y que podremos hacer el amor...

—Por supuesto —dijo ella.

—Pareces otra —comentó Alexis—. ¿Cómo te diría yo? Más...

—¿Más joven?

—Sí, puede que sea eso. Pero también más...

—¿Escultural?

—Sí, eso es.

—Es que soy otra —dijo ella con una sonrisa encantadora. Se levantó, tomó una bandeja y la llenó con algunos platos. Tomó también dos frascos conteniendo cápsulas y gránulos vitamínicos. Fue a sentarse frente al hombre, tatareando una melodía, comenzando a comer con gran apetito, no sin antes haber abierto uno de los frascos y tomado un puñado de gránulos.

Alexis la miraba en silencio, un poco desconcertado.

—¿Tú no vas a comer nada? —preguntó ella.

—No tengo apetito... Bueno, ya veo que has cedido. Vuelves a tus viejas costumbres.

—¿A qué costumbres te refieres?

—A las cápsulas, naturalmente.

—Yo siempre las he tomado —dijo ella sorprendida—. ¿Cómo podría vivir y ser feliz si no las tomase?

Alexis se levantó pausadamente y dio una vuelta en tomo a Vanesa, mirándola de arriba abajo. Luego volvió a sentarse frente a ella sin dejar de contemplarla.

—Cuanto más te miro, menos te reconozco.

Ella dejó de comer. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada que resonó en el estrecho recinto.

—¿Por qué te ríes?

—Por nada especial —contestó ella, mirándole con ojos risueños—. Solo que no te comprendo. ¿Quién comprende a los hombres?

—Ahora soy yo quien no te comprende.

—Hace un momento asegurabas que me querías, y ahora me miras como a un bicho raro. Y sólo porque he mejorado, ¿no es eso? Otro en tu lugar se sentiría doblemente feliz.

—Y soy feliz —aseguró él—.De veras. Lo único que digo es que no me pareces la misma. Incluso la voz. Antes la tenías más... ¿Cómo te diría yo? Más dulce y espiritual...

—Más débil, querrás decir. Eso es lo que pasa cuando se dejan de tomar las cápsulas que tú tanto pareces detestar.

Alexis dejó escapar un profundo suspiro. De pronto se había puesto serio. Pensó que Vanesa había cambiado demasiado, sobre todo interiormente. Ahora la veía distante. Comía con gran apetito con cara de satisfacción, como si lo único que le importase fuera el almuerzo. Apenas le miraba.

Cuando terminó su almuerzo, se sentó a su lado. Le guiñó un ojo. Algo que Vanesa no solía hacer.

—Te lo diré —dijo en tono confidencial—. Yo no soy la Vanesa que tú conoces. Soy Vanesa II.

—¿Vanesa II? ¿Qué tonterías estás diciendo?

—La Vanesa que tú conoces está en la Tierra. En un centro de Recuperación Parcial. Al parecer su caso no es grave, y pronto volverá a ser la que era antes de que se enamorara de ti. Verdaderamente, he de reconocer que no tiene mal gusto. Es algo que también puede sucederme a mí. Sí, he de reconocer que eres apuesto, y por lo que me han contado haces muy bien el amor, incluso sin necesidad de tomar el «Sex Instant 2011». Un verdadero fenómeno, eso es lo que eres. En NYB se habla mucho de ti, te has convertido en un hambre famoso.

Alexis volvió a llevarse la mano a la frente. Cuando ella terminó de hablar, balbuceó:

—De modo que no eres Vanesa...

—¡Cómo que no soy Vanesa! ¡Claro que soy Vanesa! ¡Vanesa mejorada, potenciada, elevada al cubo! ¡Tú mismo has reconocido que me encuentras más joven y más escultural! Entonces, ¿qué quieres? —golpeó con el puño cerrado sobre la mesa—. Estás enamorado de Vanesa, ¿sí o no? ¡Contesta!

—Claro que estoy enamorado de ella —exclamó Alexis—. Pero tú...

—¡Yo soy Vanesa II, y basta! —volvió a golpear con el puño cerrado sobre la mesa. Estaba ostensiblemente irritada—. Por tanto, se supone que también debes estar enamorado de mí. Si te dan a elegir entre dos trajes idénticos, pongamos por caso, pero uno de los cuales está más nuevo que el otro, supongo que no lo dudarías...

Alexis no contestó. Sus ideas al respecto seguían siendo confusas.

—¿No vas a comer nada? —preguntó ella dulcificando la voz. Por un instante creyó percibir Alexis el tono de voz de la verdadera Vanesa.

—No tengo apetito.

Volvía a sentirse triste. Desde luego, la gustaba Vanesa II. Sin duda, los cirujanos habían trabajado a marchas forzadas con ella para conseguir una réplica perfecta de la Vanesa que él amaba. Una obra maestra. Pero seguía prefiriendo a la verdadera, al original. Ahora comprendía muy bien lo que pretendía el Alto Mando de Elite Cósmica: ganarle para la causa a través del amor, a través de Vanesa II. Esperaban de ella que le bajase los humos, que lo domesticase como a un perrillo circense.

Pero no estaba muy seguro de que lo lograsen. Él nunca se había dejado dominar por ninguna mujer. Vanesa II era muy hermosa, tanto o más que la muchacha que se había quedado en la Tierra. Pero eran dos mujeres distintas en el fondo, dos almas diferentes.

—Sé lo que estás pensando —dijo Vanesa II—. Piensas que de buena gana me cambiarías por la otra, por la que se quedó en la Tierra. Pero ya me dirás lo que piensas dentro de unas horas, o de unos días... Porque cuando hayamos hecho el amor comprenderás que has salido ganando con el cambio. En esto también soy mejor que la otra.

CAPITULO X

Vanesa tampoco sabía a dónde se dirigían. O si lo sabía, no estaba autorizada para decírselo a Alexis.

—Dentro de un par de días nos hibernarán —dijo confidencialmente—, Dormiremos durante nueve meses. Un largo viaje.

El día antes de ser hibernados, Vanesa II quiso hacer el amor, pero Alexis la rechazó. Sencillamente, no le apetecía.

—Con el «Sex Instans 2011» te pondrás en forma —le aseguró ella; pero Alexis replicó que no estaba dispuesto a tomar dicho estimulante.

Vanesa II se puso furiosa. Aseguró que, en ese caso, se vería obligada a serle infiel. Precisamente el capitán de la nave, un tipo apuesto, le había hecho ya algunas insinuaciones. Alexis se encogió de hombros. Contestó que ella era muy dueña de hacer lo que le viniese en gana.

Vanesa II le amenazó:

—Te acordarás. Es la primera vez que un hombre me rechaza.

* * *

Abrió los ojos y sintió un agradable hormigueo por todo el cuerpo. Estaba tendido en un lecho extraño, demasiado estrecho. Lo primero que se le ocurrió es que estaba enfermo. Pero no, no se sentía mal, todo lo contrario. ¿Se encontraba tal vez en un quirófano? Encima de él las luces eran muy intensas. Volvió a cerrar los ojos. No recordaba nada, no sabía dónde se hallaba.

—Ya puede levantarse —dijo una voz agradable.

Volvió a abrir los ojos y vio el rostro de una mujer. No recordaba haberla visto en su vida. Obedeció. Se sentía como nuevo, tenía la impresión de que acababa de nacer.

—Tengo hambre —dijo con entonación infantil.

La mujer sonreía, iba vestida de una manera muy extraña, con un traje metalizado ajustado al cuerpo. Con un gesto le indicó que le siguiera. Recorrieron un corto pasillo y desembocaron en un recinto

circular. Había una mujer de espaldas mirando por un amplio ventanal circular. Al otro lado del cristal la atmósfera era clara, luminosa.

—Vanesa, amor mío —musitó él, y se dirigió deprisa hacia ella. La abrazó. Ella le miró sorprendida.

—Vaya, menos mal —dijo—. El largo sueño te ha sentado bien. Por fin me prefieres a la otra.

Alexis la contempló extrañado. Era Vanesa, pero no su Vanesa. Por fin se aclararon sus ideas. Estaba en una aeronave y la mujer que tenía entre sus brazos era Vanesa II.

—Mira eso —dijo ella, volviendo la cabeza hacia el cristal—, Hemos llegado.

Pegó la cara al cristal. Allá abajo, a menos de mil metros, un mundo nuevo: extensos prados, blancas casitas, bosques. Nunca había visto tantos árboles juntos. Aquello era un paraíso. Sin duda había sido así la Tierra antes de que el hombre la contaminase. Supo entonces que se hallaba en un planeta-despensa. Un mundo nuevo y fresco proveedor de un mundo viejo y gastado: también los mundos, como los individuos se necesitan unos a otros, pensó.

Subieron a un vehículo de seis ruedas, una especie de jeep descubierto que circulaba a velocidad moderada. Por espacio de una hora circularon por una carretera mal pavimentada. A derecha e izquierda, árboles frondosos, bosques compactos en los que cantaban avecillas invisibles. De cuando en cuando, cruzaban de un lado a otro de la carretera nutridas bandadas de pájaros exóticos.

Alexis sentía ensanchársele el pecho, respiraba a pleno pulmón. Nunca se había sentido tan bien. Miró de reojo a sus compañeros de viaje: el capitán Morgan y Vanesa II, así como los restantes miembros de la tripulación, no parecían tan entusiasmado con cuanto le rodeaban. En un momento dado vio al capitán llevarse algo a la boca con gesto rápido: una cápsula sin duda. Sin apenas transición le vio poner cara de bienestar. Sonreía como si alguien acabara de contar un chiste. Alexis pensó: «Ellos ensanchan su sonrisa; yo prefiero ensanchar mis pulmones».

Por decir algo preguntó:

—¿Adónde vamos?

Silencio.

Iban enfrascados en sus pensamientos. ¿Qué estarían pensando? Probablemente en sus cápsulas. Atentos a la menor reacción de sus intoxicados organismos. Cuidando que no se les cayera la sonrisa química del rostro. Pero sin duda eran realmente felices con sus amores y amoríos, su avanzada tecnología y sus pantallas de Proyección de la Desgracia Ajena.

Tras una hora de viaje llegaron a una gran explanada, al fondo de la cual se levantaba un edificio de siete plantas que lucía en el frontispicio una inscripción: ELITE COSMICA.

Una gran escalinata daba acceso a la entrada principal flanqueada por dos guardias armados.

* * *

El interior del edificio era muy parecido al de la sede central de NYB. Los mismos largos corredores profusamente iluminados, las mismas estancias herméticamente cerradas.

Alexis fue conducido hasta una gran sala de espera, iba a entrevistarse con el Gran Jefe del planeta-despensa.

Cuando se abrió la puerta y avanzó hasta el umbral, pudo ver una estancia rectangular y al fondo una gran mesa desnuda tras la que sobresalían los hombros y la cabeza tonsurada y brillante de un hombre inmóvil. Una estrecha y larga alfombra conducía hasta él. «Lo mismo que en NYB», pensó Alexis.

Avanzó despacio, sintiendo cómo los pies se hundían en la alfombra. Silenciosamente, como un fantasma. El hombre que aguardaba al otro lado de la mesa se llamaba John H. Hamilton: era el hombre que aparecía en una placa sobre la mesa.

En posición de firmes, el recién llegado se presentó;

—Alexis Home, señor. Procedente de la Tierra.

Silencio. Míster Hamilton le miraba fijamente. Ojos penetrantes, expresión inescrutable, Más qué a un hombre, parecía mirar a un objeto. Alexis se enderezó aún más aplastó la palma de las manos contra los muslos, levantó el mentón. Ahora más que nunca, deseaba parecer un número, un miembro más de la Elite Cósmica. Deseaba

volver a ver a Vanesa. A su Vanesa, la que había quedado en la Tierra.

Alexis miraba a la pared del fondo.

—Míster Home —dijo por fin el Gran Jefe—, me alegro de su presencia aquí. Sea usted bienvenido,

—Gracias, señor.

—Aún está a tiempo de salvarse —prosiguió John H. Hamilton con voz tan inexpresiva cómo su rostro—. Dispone usted de una nueva oportunidad.

—Sabré aprovecharla, señor

—Estoy convencido de ello. Bien, pronto tendrá ocasión de demostrarnos todo lo que vale. Mañana entrará en contacto con ciertos granjeros descontentos. Necesitan que se les hable, es preciso convencerlos de que el descontento sólo puede acarrearles la ruina. Su deber, como profesor en Ciencias de la Formación, consistirá en hablarles, en apaciguar los ánimos.

—Haré todo lo que esté de mi parte, señor —dijo Alexis con firmeza.

—Confiamos en sus dotes de persuasión, en su oratoria. En este planeta existen en este momento unas cien granjas. El noventa por ciento de las tierras son cultivables, sería conveniente; crear más granjas. Pero es preciso que los granjeros trabajen más y piensen menos. El mes pasado hubo un conato de rebelión en la granja más próxima. Tuvimos que ejecutar a los cabecillas. Esto no puede volver a suceder. Lo dejo en sus manos.

—Haré todo lo que esté de mi parte, señor —repitió Alexis,

—Si logra apaciguar a esa gente, dentro de seis meses volverá a la Tierra.

—Gracias, señor.

—Puede retirarse. En su propio apartamento recibirá las órdenes oportunas.

Una vez en su vivienda, situada en el ala izquierda y en la séptima planta del mismo edificio, Alexis abrió de par en par la ventana de su dormitorio. Respiró a pleno pulmón el aire tibio y purísimo. Empezó a sentirse mejor. No lejos de allí, al otro lado de un frondoso bosque de altos árboles, vio un puñado de blancas casitas, una especie de poblado que se alzaba sobre la ladera de una

colina. Se trataba sin duda de una granja. Y le costaba trabajo creer que en semejante lugar paradisíaco pudiesen existir descontentos.

Media hora más tarde apareció Vanesa II. Estaba radiante. Había cambiado de vestido y charlaba por los codos. Aseguraba que el capitán Morgan, el hombre que mandaba la nave que les había traído hasta aquel planeta, se había enamorado perdidamente de ella.

—Bien —le dijo Alexis—. En ese caso, ¿por qué no te vas con él?

—Regresa a la Tierra dentro de unos días.

—Márchate con él.

—No puedo —dijo ella echándole los brazos al cuello—. Tengo que quedarme contigo. Debo hacerte feliz.

—Lo olvidaba —suspiró él—. Sin ti no puedo ser feliz.

Ella, por toda respuesta, le ofreció sus labios entreabiertos, tras los que asomaba la punta de la lengua rosada e incitante, tentadora como un manjar de dioses.

Fue un beso largo e intenso, al que Alexis se abandonó con todo sus sentidos, olvidándose de que amaba a otra mujer, sintiendo en cambio que no era diferente a los demás hombres. El deseo se apoderó de él con la fuerza irrebatible de la especie, con toda la pujanza del instinto sexual.

Luego, cuando sus bocas se separaron le condujo la mano hasta la espalda, exactamente al sitio donde empezaba la cremallera de su vestido de fibra metálica. Alexis tiró hacia abajo lentamente, sintiendo que se aceleraban los latidos de su corazón.

El cuerpo desnudo de la muchacha le excitó hasta el paroxismo. Sus manos empezaron a recorrer con avidez aquellas formas turgentes, aquella piel incomparablemente suave. Ella murmuró algo a su oído y él la tomó en brazos para depositarla con toda delicadeza sobre la cama, al estilo romántico.

Se desnudó a su vez y se tumbó a su lado. Cuando minutos después la penetró y consumó el acto amoroso, Alexis supo que se encontraba en el mejor de los mundos en un planeta sin límites ni fronteras.

Y supo también que, por muy lejos que fuera el hombre en el espacio y en la ciencia, nunca podría encontrar ni inventar nada mejor.

CAPITULO XI

Aquella noche, a solas en su apartamento, Alexis daba vueltas y más vueltas en la cama. No podía conciliar el sueño. Pensaba en la serie de acontecimientos que le habían llevado hasta allí. Se sentía nostálgico. La tarde pasada junto a Vanesa II había resultado maravillosa, como un regalo, y durante algunas horas pudo soportar su situación. Pero luego, a solas, volvió a pensar en la mujer que amaba.

Reinaba el silencio en el ala izquierda del gran edificio. De buena gana se hubiera levantado para recorrer los amplios corredores, abrir puertas y ver lo que se encerraba en aquellas habitaciones misteriosas. Sin duda, laboratorios, donde probablemente se preparaban cantidades ingentes de cápsulas —tranquilizantes, euforizantes, afrodisíacos, «Sex Instant 2011».

Pero no se atrevía a salir de la estancia. Lo más seguro era que por todas partes existiesen fotodetectores y vigilantes automáticos.

Se tiró de la cama y se aproximó a la ventana entreabierta. El aire de la noche era muy semejante al del día: tibio, cargado de efluvios silvestres. El olor de la mies madura flotaba en el ambiente.

Aquello era mucho más estimulante que todas las cápsulas de Elite Cósmica.

Un funcionario del centro le había dicho aquella tarde que se acercaba la fecha de la siega. Aeronaves de transporte cargadas de frutos y cereales partirían hacia la Tierra con su preciosa mercancía: el noventa por ciento de toda la recolección del planeta-despensa.

Fascinado, contempló las luces del pueblo que se alzaban en la cercana colina. Le pareció oír de pronto música de acordeón, y deseó estar allí, junto a los granjeros. Hacía ya mucho tiempo que no paseaba por el campo, y mucho más que no respiraba un aire tan puro. La vida había transcurrido para él, desde su más tierna infancia, entre aulas, laboratorios y gimnasios con aire acondicionado.

Cerró la ventana y salió del dormitorio; atravesó la salita y se situó frente a la puerta del apartamento. Antes de pulsar la tecla correspondiente se detuvo indeciso. «¿Qué vas a hacer, muchacho?»,

se dijo. La prudencia le aconsejaba volver a la cama.

Pero la tentación de salir era más fuerte que su sentido de la prudencia. Pulsó la tecla que había junto al marco de la puerta y ésta se abrió silenciosamente. Salió al corredor. Estaba desierto.

Avanzó con aire despreocupado, sabiendo que en alguna parte su imagen aparecería reflejada en una pantalla. En cualquier caso, ya sabía lo que iba a contestar si era interceptado. Sencillamente, que no tenía sueño y le apetecía dar un paseo al aire libre.

Bajó por la escalera. Al llegar a la primera planta se detuvo para decirse que aún estaba a tiempo de volver sobre sus pasos. ¿Qué necesidad tenía de emprender una descabellada aventura? Pero la prudencia no era su fuerte aquella noche. Continuó adelante.

En la puerta principal había dos guardias de vigilancia. Estaban muy tiesos, en posición de firmes, y miraban hacia el bosque cercano.

No le dieron el alto, por lo que continuó su camino como si tal cosa, sin prisas, con aire de paseante solitario. Siguió un sendero que se adentraba en el bosque. A medida que avanzaba entre tos árboles se fue haciendo más espesa la oscuridad. Había nubes en el cielo y la luna —muy semejante a la de la Tierra, aunque un poco más pequeña—, se ocultaba de cuando en cuando.

Llegó un momento en que la oscuridad era tan densa que se vio obligado a detenerse. No veía absolutamente nada, las sombras le rodeaban por todas partes. Una vez más pensó que lo mejor que podía hacer era regresar al edificio de Elite Cósmica.

Pero algo le impulsaba a seguir adelante, una fuerza inconsciente contra la que podía luchar. De niño le habían enseñado una lección: le habían enseñado a no abandonar ninguna empresa empezada. Había salido de su apartamento con la intención de alcanzar las casas de los granjeros, y no regresaría hasta haber realizado su propósito.

Volvió a oír los acordes del acordeón. Esto le sirvió de orientación: caminó hacia la música, como la mariposa hacia la luz. Sus manos extendidas tropezaban con los árboles.

La oscuridad seguía siendo casi completa. Sólo podía vislumbrar, cuando aparecía la luna, 1os troncos de los altos árboles.

En un momento de oscuridad total pudo observar, un poco sobre

su cabeza, unos ojos como ascuas encendidas que te miraban sin parpadear. Se apartó prudentemente, descubriendo que se trataba de un animal de bosque, probablemente algún gran pájaro rapaz.

Poco después, su mano tocó algo que no era el tronco de un árbol. Algo blando, carnoso y tibio: un rostro humano. Siguió palpando para convencerse de que aquello era una cara humana: el rostro continuaba allí, contra su mano.

—¿Quién es usted? —preguntó Alexis, dando un salto hacia atrás.

No obtuvo respuesta. Dio otro paso hacia atrás y encontró un nuevo obstáculo. No era un árbol, de eso estaba seguro. Se disponía a darse la vuelta cuando un objeto duro y, contundente se estrelló contra su cabeza. Sintió un agudo dolor, un relámpago instantáneo cruzó ante sus ojos. Dobló las rodillas y el objeto duro y contundente volvió a juntarse con su cabeza. Se derrumbó pesadamente.

Cuando abrió los ojos se encontró en un cuarto extraño, sobre una cama estrecha. Una antigua bombilla de las que ya no se utilizaban en ninguna ciudad de Elite Cósmica pendía del techo. Tenía la impresión de haber retrocedido en el tiempo, de encontrarse en la cabaña del Tío Tom. Allí no existía ningún aparato, ningún artilugio técnico que suscitase la idea del progreso humano. En un rincón, sobre una silla, vio una palangana y al lado una jarra de porcelana.

Le dolía la cabeza terriblemente. Consultó su reloj de pulsera: eran las 4.15 de la madrugada, y había salido de su apartamento sobre las 2.30. Tenía que regresar inmediatamente.

Trató de levantarse, pero se encontraba muy cansado. Se sentó en el borde de la cama.

De pronto se abrió la puerta del cuarto. Entró un hombre alto y delgado, pobremente vestido con un jersey de lana y pantalones de dril. Su expresión era amistosa.

—¿Cómo se encuentra amigo? —preguntó, avanzando hacia él.

—¿Dónde estoy? —preguntó Alexis con voz débil—. ¿Quién me ha golpeado?

—Tranquilícese. Ha habido una confusión, un lamentable error.

El hombre le explicó que le habían confundido con un guardia de Elite Cósmica, o con un espía de la organización enviado cerca

del poblado de granjeros para espiar sus movimientos, Esto era algo que sucedía con frecuencia, y no estaban dispuestos a seguir tolerándolo. Luego, al registrar sus ropas, habían descubierto que se trataba del profesor Alexis Home, del que ya habían oído hablar. No ignoraban que se encontraba en el planeta-despensa para cumplir un castigo. Sabían que al día siguiente iba a hablarles en nombre de Elite Cósmica, y algunos esperaban su conferencia con ansiedad.

—¿Cómo se llama este planeta? —preguntó Alexis.

El hombre alto y delgado se encogió de hombros.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Probablemente no tiene nombre. Tendrá matrícula, como los antiguos coches. Pienso que no le han puesto un nombre para que nadie se llame a engaño, Este es un planeta para trabajar, no para soñar. Un nombre lo haría más entrañable, sin duda. Pera la organización no quiere que soñemos ni que nos sintamos nostálgicos. A la organización sólo le interesan nuestros brazos. Somos sus esclavos. La mayor parte de nosotros llevamos aquí veinte años o más. Vinimos engañados, se nos prometió una vida digna en un mundo nuevo. Pero sólo somos esclavos. Trabajamos de la mañana a la noche con los medios más rudimentarios. Aún atizamos el arado romano, esto puede darle una idea. Sembramos, recolectamos, talamos árboles... Hasta que enfermamos de agotamiento. No tenemos tiempo de soñar, ni de pensar. Eso es lo que ellos quieren: embrutecernos, sojuzgamos.

El hombre hizo una pausa. En ese momento se abrió la puerta y entró una mujer con un niño en brazos. Tendría unos cuarenta años, rechoncha y algo sucia. Su expresión reflejaba temor, inquietud. Se acercó al hombre.

—Mi mujer y mi hijo —dijo el granjero—, Como ve, nuestra situación no es muy boyante,

—Intentaré ayudarles —dijo Alexis.

—Nadie puede ayudamos —repuso el granjero con ostensible desaliento—. Sólo las armas. Pero no tenemos armas, sólo hoces y palos. Ellos poseen fusiles desintegradores. Además, ¿qué adelantaríamos con apoderarnos del edificio del Gobierno? Las tropas de la Tierra, nos aplastarían. Nos aplastarían, como ya sucedió hace ocho años.

Alexis bajando la cabeza, dijo:

—Esto tiene que cambiar. Viven en un bello planeta —levantó la cabeza para clavar su mirada en el rostro del granjero—. Un paraíso, por lo que he podido ver. Pero para que sea un verdadero paraíso se necesita justicia. Les ayudaré. ¡No sé cómo, pero les ayudaré! Estoy de su parte, yo también reniego de pertenecer a Elite Cósmica.

Los ojos del hombre se iluminaron. También los de la mujer. El granjero se acercó a la puerta y gritó:

—¡Samuel! ¡Spender, Tony, Sam! ¡Entrad, compañeros! ¡Ei profesor Home está de nuestra parte!

CAPITULO XII

La habitación se llenó de gente. También entró una mujer, y hasta un mozalbete de pocos años. Todo el mundo quería conocer al gran hombre que había venido a salvarlos. Pero el tiempo corría y Alexis propuso una reunión urgente, en la que establecerían la estrategia a seguir.

Para las reuniones y bailes disponían de un destartalado almacén en las afueras del poblado. Un pueblo en el que vivían cerca de doscientos hombres, la mayor parte casados y con hijos, y casi todos podían empuñar las armas.

Rey, el dueño de la casa donde se encontraban, dio a beber a Alexis un cuenco de vino que le hizo sentirse mejor.

Salieron todos de la casa y comenzaron a llamar de puerta en puerta, despertando a los hombres para que se dirigiesen al almacén de reuniones.

De pie sobre el pequeño estrado donde se colocaba la orquesta en los días de baile, Alexis habló a los colonos. Les dijo, con una oratoria inflamada y convincente, que no debían seguir permitiendo aquel estado de cosas. Debían rebelarse contra los opresores antes de que fuese demasiado tarde. Debían actuar aquella misma noche, antes del amanecer, que ya estaba próximo. La mejor arma de que disponían era un ataque por sorpresa.

Sus palabras finales fueron acogidas con un largo murmullo de aprobación.

Sin pérdida de tiempo, los colonos-esclavos volvieron a sus casas en busca de las únicas armas de que disponían: palos, cuchillos, azadillas de grueso mango...

Se adentraron en el bosque, más de ciento cincuenta hombres, a la cabeza de los cuales iban Alexis y Ray. Eran las 4.55 de la madrugada.

Alexis no portaba armas, pero estaba seguro de que muy pronto tendría una en sus manos. Había preparado un plan en el que tenía depositadas todas sus esperanzas. Si fallaba, todo se iría al traste. Pero no quería pensar en la derrota, sabía muy bien que ésta significaría su muerte y la de los hombres que le seguían.

Al llegar a los linderos del bosque, a menos de un centenar de metros de la fachada posterior al gran edificio de Elite Cósmica, levantó el brazo. El pequeño ejército se detuvo.

Alexis pidió un cigarrillo. Había visto fumar a los colonos en el pueblo y esto le proporcionó la idea que ahora se disponía a llevar a la práctica.

Ray, sorprendido, le susurró al oído:

—¿Vas a fumar ahora? Los guardias que hay en la puerta pueden descubrirnos.

—De eso se trata —explicó Alexis—. Que vena la lumbre de nuestros cigarrillos. Enviarán una patrulla para averiguar de quién se trata. Vamos a fumar unos cuantos cigarrillos de cara a los guardias. Con tres o cuatro puntas encendidas habrá suficiente.

Alexis, Ray y otros dos colonos comenzaron a fumar. Frente a ellos, los dos guardias que protegían la entrada posterior del edificio dieron señales de inquietud. Uno de ellos pegó la boca a su pequeño transmisor,

—Ya nos han visto —susurró Alexis—. Ahora llaman a la patrulla. Preparaos, muchachos. Cuando venga a por nosotros, caeremos sobre ellos como un enjambre de abejas furiosas. No serán más de cinco.

En efecto, instantes después salían cinco hombres del edificio. Uno de los guardias apuntó con su dedo índice el lugar donde había visto la lumbre de los cigarrillos,

Los cinco hombres de la patrulla se dirigieron rápidamente hacia la linde del bosque. Empuñaban sus fusiles desintegradores, decididos, seguros de sí mismos. Convencidos de que nadie podía hacerles frente.

—Atención —susurró Alexis cuando la patrulla estaba ya a menos de veinte metros—. Apagad los cigarrillos.

Los fumadores obedecieron.

Cuando los cinco guardias llegaron al lugar donde se encontraban los colonos, una lluvia de golpes cayó sobre ellos. No tuvieron tiempo de utilizar sus armas. Rodaron por el suelo privados de sentido.

Alexis dio una orden:

—Desnudadlos, Ahora, cinco de nosotros nos pondremos sus

uniformes y tomaremos sus armas. Antes de entrar en el edificio debemos desembarazarnos de esos dos tipos que hay en la puerta.

Cinco minutos después, los dos guardias vieron regresar a sus compañeros de la patrulla,

—Qué extraño —comentó uno de ellos—. No traen a nadie.

—Pues yo he visto la lumbre de varios cigarrillos —dijo el Otro.

—Y yo —repuso el que primero había hablado—. Quizá han huido. ¡Malditos colonos! De un tiempo a esta parte andan muy revueltos, ¡Habría que acabar con ellos de una vez!

De pronto, la luna emergió de entre un denso celaje de nubes. Los dos guardias de la puerta pudieron ver con sorpresa los rostros de los cinco supuestos compañeros, que ya estaban encima, al pie de la escalinata.

No tuvieron tiempo de reaccionar. Cinco ráfagas letales partieron de otros tantos fusiles desintegradores. Uno de los guardias acabó de desintegrarse a los pies de Alexis, quien saltó sobre un montón de cenizas humeantes para subir a toda prisa los tramos de la escalinata.

—¡Adelante! —exclamó—. ¡Ya pueden venir los compañeros!

Ray, uno de los hombres que le acompañaban, levantó el brazo para que los colonos que aguardaban en el bosque avanzasen.

Alexis no podía reprimir su impaciencia. Entró en el edificio, con Ray pagado a sus talones.

—¿Qué hacemos ahora, Alexis? —preguntó Ray. Sus dedos apretaban nerviosamente el fusil desintegrador. Parecía impaciente por volver a usarlo.

Estaban en un largo corredor, iluminado y silencioso. Los cerca de quinientos miembros de Elite Cósmica que vivían en el inmenso edificio dormían confiadamente. Jamás habrían podido imaginar un ataque tan audaz por parte de los indefensos colonos.

—Vamos a la última planta —dijo Alexis—. Allí hay cierta personita que puede sernos de gran utilidad.

El apartamento de Vanesa II estaba situado junto al de Alexis, en el ala izquierda de la séptima planta. Subieron en uno de los ascensores.

Una vez frente a la puerta del apartamento, Alexis pulsó el timbre. Aquella puerta se abría desde dentro, dado que la muchacha

no estaba en el centro en régimen de libertad condicional, como era el caso de Alexis.

Se oyó una voz somnolienta a través del portero automático.

—¿Quién es?

—Soy yo, Alexis. Abre,

Cuando la puerta se abrió, Alexis hizo una indicación a Ray para que se quedase vigilando el corredor.

Vanesa II estaba sentada en la cama, desnudándose. Al ver aparecer a Alexis le dirigió una prometedora sonrisa.

—¿Qué haces? —le preguntó él—. Vamos, sal de la cama y vístete, rápido.

—¿No vamos a hacer el amor? —parecía decepcionada—. Creí que tú...

—No vamos a hacer el amor, sino la guerra.

—¿La guerra? —le miró perpleja. Por fin reparó en su uniforme, en el fusil desintegrador—. ¿Qué te propones, muchacho?

—No tenemos tiempo que perder. ¡Vamos, haz lo que te ordeno!

La mujer obedeció. Saltó de la cama y se vistió rápidamente.

Salieron al pasillo. Ray miró a la joven con admiración y asombro, su espléndida belleza le impresionaba vivamente. Ella, por su parte, no pudo evitar un gesto de desagrado. Era evidente que aquel hombre flaco y desgreñado le producía la peor de las impresiones.

—¿Dónde duerme el Gran Jefe? —preguntó Alexis.

—No lo sé —contestó Vanesa II.

—¡Escucha preciosa! —se impacientó Ray, echándole el aliento encima—. ¡Este cacharro que tengo en las manos podría hacerte mucho daño! ¿Comprendes? De modo que llévanos ante tu asqueroso jefe...

Vanesa II comprendió que Alexis y su amigo no bromeaban. Les hizo un gesto de mala gana para que la siguiesen.

Bajaron en el ascensor hasta la tercera planta. La más lujosa del edificio, y sin duda la más vigilada, Al fondo, en una especie de antesala circular, había dos guardias ante una gran puerta que ostentaba las iniciales E.C.

Se fueron aproximando. Los guardias no recelaban nada, permanecían impasibles. Cuando llegaron ante ellos, Vanesa II fue

la primera en hablarles:

—Estos hombres quieren ver a míster Hamilton.

Los guardias miraron a Ray. De pronto, uno de ellos dio un brusco empujón a la muchacha, que cayó al suelo. Pero los esbirros de Hamilton no tuvieron tiempo de utilizar sus armas. Alexis y Ray, mucho más rápidos, abrieron fuego contra ellos.

Sendas ráfagas desintegraron a los dos guardias. Uno de ellos, por haber recibido una primera descarga menos intensa, se fue transformando en algo informe y horrible, como una figura de cera consumida por el fuego, aunque en este caso no había llamas visibles. Los ojos de aquel hombre se salían literalmente de las órbitas.

Alexis, compadecido, disparó contra él una segunda ráfaga, acabando con sus sufrimientos. A continuación pulsó una tecla a la derecha de la puerta y ésta se abrió.

Alexis y Ray entraron en un gran salón, lujosamente decorado. La puerta del dormitorio, al fondo, estaba entreabierta.

Encontraron a míster Hamilton profundamente dormido, con expresión beatífica. Ray le contempló con odio, apuntándole con su arma.

—Quieto —le aconsejó Alexis—, Lo necesitamos vivo.

Míster Hamilton abrió los ojos. Tenía los brazos sobre la manta. De pronto, «tiró el brazo derecho hacia la mesita de noche, en cuyo cajón entreabierto guardaba una pistola lanzarrayos. Ray, más rápido, disparó su fusil contra la mesita, desintegrándola. Algunas esquirlas saltaron por los aires y fueron a estrellarse contra el cielo raso.

—¡No te muevas o te abraso, cerdo! —ladró el colono.

Alexis, calmosamente, apoyó el negro orificio de su arma en la frente de míster Hamilton.

—Ordena a tus hombres que salgan a la explanada principal, sin armas y con los brazos en alto. Si obedecen no les pasará nada. Y a ti tampoco. Si se resisten y hay lucha, tú serás el primero en caer. Tenemos rodeado el edificio.

Míster Hamilton temblaba de pies a cabeza.

—Traidor —musitó, mirando con odio a Alexis.

—Vamos, vístete —le ordenó Ray—. ¡De prisa!

Míster Hamilton obedeció. Saltó de la cama y se vistió apresuradamente. Seguía temblando de la cabeza a los pies. Pasaron a una estancia anexa al dormitorio, donde había una mesa con un gran cuadro de mandos.

Media hora más tarde, varios centenares de hombres a medio vestir se alineaban en la gran explanada existente frente a la fachada principal del edificio, con los brazos en alto y medio dormidos. No comprendían muy bien lo que estaba sucediendo, aunque entre ellos empezó a correrse la voz que se trataba de una simple maniobra de adiestramiento, a las que tan aficionado era el Gran Jefe. Cuatrocientos cincuenta hombres maldecían por lo bajo.

Los colonos, tras apoderarse de las armas y reducir a cuantos habían quedado en el interior del edificio, salieron a la explanada y rodearon a los sorprendidos guardias de Elite Cósmica.

La rebelión había triunfado en toda la línea, aunque ahora los rebeldes debían viajar a la Tierra para atacar el objetivo principal: NYB.

Los escasos vigilantes y guardias del cercano aeropuerto fueron reducidos sin apenas oposición. Muchos de ellos, quizá en evitación de males mayores, se pasaron a las filas enemigas, manifestando que tampoco ellos querían seguir perteneciendo a Elite Cósmica.

Nada ni nadie podría detenerlos. Disponían ya de naves de transporte con sus tripulaciones y del armamento más moderno. Tenían en su poder el hilo de la madeja, y sólo debían procurar no perderlo, tirando de él hasta deshacer por completo el ovillo de Elite Cósmica.

A la mañana siguiente, más de doscientos hombres bien armados y llenos de fe en la victoria final partían rumbo a la Tierra. Al mando del pequeño ejército iba Alexis Home.

Vanesa II había preferido quedarse en el planeta sin nombre.

Ella había nacido para el amor, no para la guerra.

También Alexis Home había nacido para el amor, como todos y cada uno de los hombres que le acompañaban. Por eso se disponían a hacer antes la guerra.

FIN

2 ¡TREPIDANTES COLECCIONES SEMANALES!

HEROES DEL ESPACIO
Fascinantes relatos de CIENCIA FICCION





apasionantes relatos bélicos

EDICIONES CERES, S.A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 50 Ptas.